

Selección TERROR

UN SER HORRIBLE, MONSTRUOSO

Ada Coretti


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

486 – Ven a charlar esta noche, *Lou Corrigan*.
487 – Dinastía diabólica, *Curtis Garland*.
488 – El fantasma y «Miss» Pitt, *Clark Carrados*.
489 – Atrapada por la locura, *Ada Coretti*.
490 – La bestia de acero, *Joseph Berna*.

ADA CORETTI

UN SER HORRIBLE, MONSTRUOSO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 491
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 19.082 - 1982
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1982
1.* edición en América: enero, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

La lujurienta selva detenía la mirada, taponaba la perspectiva. No obstante, el poblado indígena estaba cerca, a menos de dos kilómetros de aquel mal camino que los nativos consideraban poco menos que una buena carretera.

Antes de salir del poblado, el explorador Alexander Mills, un hombre de unos cincuenta años, había permanecido junto al camión que una vez cargado por los indígenas, emprendería viaje a la ciudad. Una vez allí, su carga sería metida en un barco rumbo a Inglaterra. Había llegado el momento de regresar.

Los ojos de Alexander Mills habían observado con suma complacencia aquellas tres jaulas. En cada una de ellas había un ejemplar de excepción.

En la primera, un gorila de fiero aspecto, de insólito e impresionante tamaño, con una cicatriz en forma de estrella en la frente. En la otra, un guepardo de ojos increíblemente verdes, de esbeltos, gráciles y armoniosos miembros. En la tercera, un exótico y gran pájaro negro, con la punta de las alas blancas, con las patas y el curvado pico de color rojo, rojo violento.

Seguidamente, Alexander Mills y su hija Victoria, una joven alta y recia, habían de subir a un jeep. El otro pasajero fue el doctor Donner.

El accidente se produjo poco después de salir del poblado. Ellos anteponían la marcha a la del camión que había de llevar las jaulas.

Los frenos se rompieron y Alexander Mills, que era quien llevaba el volante, no pudo dominar al vehículo. Terminaron estrellándose.

De resultas del golpetazo, el doctor Donner acabó conmocionado, perdió por completo el conocimiento. La peor parte, sin embargo, la recibió Victoria, la alta y recia hija del explorador Alexander Mills. Un trozo de cristal del parabrisas le seccionó parte del cuello.

Alexander Mills quedó totalmente ileso.

A causa del golpetazo, los tres, eso sí, habían salido despedidos del jeep. Quedaron eñ el camino, en la misma carretera.

—Padre... Padre... —la voz de Victoria fue la primera en oírse. Acababa de llevarse la mano al cuello, mirándosela luego y viéndosela inundada de sangre—. Me estoy desangrando...

Alexander Mills se apresuró a ir hacia la muchacha. Luego de observarle la herida, le dijo:

—En seguida aparecerá el camión... Te recogerán y te llevarán de nuevo al poblado... Allí te curarán...

El doctor Donner gimió en medio de su desvanecimiento, y Alexander Mills, su mejor amigo, se apresuró a ir hacia él.

Quedó tranquilo. Había perdido el conocimiento, pero su conmoción sería sin duda momentánea.

—Padre... Padre... —volvió a dejarse oír la voz de Victoria—, estoy asustada, muy asustada. Me estoy desangrando...

Tenía razón. La sangre fluía con increíble rapidez por la herida. De esa forma no podría aguantar mucho.

Alexander Mills rasgó el borde del vestido de su hija, y una vez con la tira de tela entre sus manos se la enrolló alrededor del cuello, apretando fuerte, queriendo contener la hemorragia. También colocó mejor a su hija, la ayudó a cambiar de postura. Quizá de esta forma sangrara menos, más despacio.

No hubo diferencia, o al menos muy poca. La sangre fluía, fluía, no se detenía.

Empapó la tela del vestido y siguió saliendo...

—El camión no aparece —dijo Victoria—. En el último momento habrán surgido algunos impedimentos con las jaulas. Van a llegar tarde... Siento que empiezan a faltarme las fuerzas...

—No te asustes, hija —Alexander Mills no sabía qué hacer, ni qué decir—. No te asustes.

Pasaron unos minutos. Pocos, pero terriblemente largos. La sangre seguía fluyendo de un modo angustioso, terrible.

—Se me nubla la vista —repuso Victoria —. No voy a poder aguantar mucho más...

Pero Alexander Mills no podía hacer nada por su hija. ¿Qué iba a poder hacer a dos kilómetros del poblado, en medio de aquella lujurienta selva?

—Padre... —murmuró Victoria instantes después—. Tengo una idea... Es una buena idea...

—Dime, dime... —le apremió él.

¡A él no se le ocurría nada!

—El doctor Donner tiene el mismo grupo sanguíneo que yo, y al subir al jeep llevaba su maletín. Ahí lleva siempre lo preciso para una transfusión de sangre.

—Sí, es cierto —convino Alexander Mills, y se apresuró a buscar el maletín.

Al encontrarlo, y abrirlo, respiró aliviado al ver que allí dentro nada se había deteriorado.

Poco después, introducía en el brazo de su amigo la aguja hipodérmica. Otro tanto hacía en el brazo de su hija.

A partir de entonces la sangre del desvanecido doctor Donner empezó a salvar la vida de Victoria.

Pero un rato después, Alexander Mills detuvo la trasfusión, interrumpió el envío de sangre a su hija.

—¿Por qué paras, padre? —preguntó la muchacha.

—Ya no puedo darte más —le respondió. Había de añadir—, Sería peligroso para él.

—Pero si paras, padre —repuso Victoria—va a resultar insuficiente para mí. El camión aún no aparece.

—Te he dado mucha, te bastará...

Pero no iba a bastar. Estaba claro. Los minutos transcurrían y nadie acudía en auxilio de ellos.

—Bueno, te pondré un poco más... —se decidió Alexander Mills, pero la voz le tembló, sabía que iba a hacer algo indebido, improcedente.

La sangre del doctor Donner salió de nuevo a través de la aguja hipodérmica, pasó por el tubo de plástico y llegó a las venas de Victoria.

No obstante, del cuello de la muchacha seguía fluyendo, de forma ininterrumpida, el líquido rojo, viscoso.

A ese paso no iba a arreglarse nada. La sangre que le entraba por el brazo le salía por el cuello.

Alexander Mills, tras mirar repetidamente el rostro de su amigo el doctor Donner, un rostro que cada vez se estaba poniendo más pálido, más lívido, más denudado, detuvo la trasfusión.

—¿Qué haces...? —le reprochó Victoria—, Necesito que sigas dándome su sangre.

—Si lo hiciera —dijo Alexander Mills—le matarla.

—Si no lo haces, moriré yo. El es sólo tu amigo...

—Mi mejor amigo —repuso angustiosamente.

—Y yo soy tu hija, tu única hija. Sigue dándome su sangre —acababa de exigírselo—. Hazlo... ¡Hazlo!

—Pero, ¿te haces cargo de lo que me pides? —se desesperó.

—Me hago cargo —repuso ella—de que quiero vivir. Y de ti depende que viva...

Alexander Mills tardó en tomar una determinación. Encontrados sentimientos se agitaban dentro de él. Se agitaban hasta destrozarle.

—Lo haré... —murmuró finalmente.

Y la sangre del doctor Donner siguió pasando por el tubo de plástico, siguió yendo hacia las venas de Victoria.

—Mira, padre... —musitó ella minutos después—, ya se acerca el camión... Llegan a tiempo...

Alexander Mills quiso llegar a tiempo de salvar a su amigo. Desconectó rápidamente la aguja hipodérmica. Pero no, ya era tarde para eso. Le había quitado demasiada sangre y lo irremediable había sucedido. Un paro cardíaco le había llevado al otro mundo.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! —se desesperó al poner la oreja en su pecho, queriendo oír los latidos de su corazón y no oyendo nada, nada.

—Pero yo vivo, padre...

—Se darán cuenta de lo que he hecho —su desespero acababa de

dejar paso al temor a ser descubierto—. No encontrarán sangre en sus venas...

—En el maletín debe haber un bisturí —dijo Victoria—cógelo y hazle un corte en la muñeca. Parecerá el corte de un cristal... Hazle un corte profundo, que justifique...

—Sí, sí —aceptó la idea.

Con manos temblorosas cogió el maletín y buscó en su interior. Sí, efectivamente, allí estaba el bisturí.

Ya con el bisturí en la mano, lo aceptó a la muñeca de su amigo. Antes de proceder en consecuencia, le miró al rostro. Su amigo parecía dormido, y tranquilo. Pero los párpados se le habían entreabierto y sus ojos le miraban, o daban la sensación de mirarle. Era como si le dijeran: «Te comprendo y te perdono. No te preocupes... Córtame, córtame las venas de la muñeca... Nadie debe sospechar lo que has hecho...»

Le cortó la muñeca, pero al hacerlo todo su ser se estremeció. Se estremeció tan hondo, que por un momento creyó que no iba a poder resistirlo.

Acto seguido, cogió las dos agujas hipodérmicas, enrolló el tubo de plástico y lo metió todo, de nuevo, en el maletín. Hecho esto cogió el maletín y lo arrojó con todas sus fuerzas, lejos, lo más lejos posible.

El maletín fue a parar en medio de la compacta y enmarañada vegetación. Allí quedó oculto.

Poco después, percatándose de lo sucedido al jeep, el camión se detenía. Se apeó el indígena que lo conducía y los otros dos que custodiaban las jaulas.

Viendo el estado en que se hallaba Victoria, se apresuraron a trasladarla al camión. También se llevaron al doctor Donner, creyéndole aún con vida.

Veinte minutos después, Victoria había sido ya intervenida por el practicante del poblado indígena. Intervención urgente, urgentísima, pero que acabó felizmente.

El practicante, un hombre blanco que vivía allí desde hacía tiempo, desde que llegó a aquel lugar Dios sabe de dónde y por qué, comentó respecto al doctor Donner:

—Ha muerto desangrado... —Y añadió—. Lo lamento de veras, era una excelente persona, de las mejores que yo he conocido.

Las pertenencias personales del doctor Donner le fueron entregadas a su amigo Alexander Mills. Se trataba de unos cuantos libros, un bloc con apuntes y un diario. Simplemente eso.

Alexander Mills, sin poder conciliar el sueño, abrió aquella noche el diario. Empezó a leer.

Todo lo que allí ponía no tenía nada de particular. Su amigo se había limitado a relatar las incidencias acaecidas en aquella

expedición.

Pero, ¿qué es lo que ponía en las últimas páginas...?

Alexander Mills acababa de sufrir una convulsa sacudida.

«Estoy aterrorizado —ponía la inconfundible letra, pequeña y desigual, del doctor Donner—el virus se ha apoderado de mí hasta anularme, hasta convertirme en un ser horrible, monstruoso...

»Las púas de aquella extraña planta se incrustaron en mi carne. Desde entonces, cuando menos lo espero, siento un terrible dolor en las manos. Un incisivo y terrible dolor que me sube por los brazos, me llega al cuello y se me mete en la cabeza... La cabeza parece que vaya a estallarme. Es entonces cuando, entre gemidos de sufrimientos, de espantoso y atroz sufrimiento, me convierto en un ser repelente...

«¿Cuánto tiempo dura mi mutación? No mucho. Pero en ese tiempo, que me parece largo como una alucinante agonía, soy... ¿Qué es lo que soy en realidad...?

»Estoy aterrorizado. Hasta límites que se anegan dentro de mí.

»El otro día —añadía el diario del doctor Donner—en el poblado, un pobre indígena necesitaba sangre y yo podía habérsela dado. No quise hacerlo, me negué a ello. Confío en que mi negativa no haya trascendido, no quisiera que nadie me creyera duro de corazón. Pero sé suficiente del virus que me trasmitió aquella planta, sé suficiente de mi terrible y pavorosa enfermedad, para saber que, de haber donado mi sangre a ese indígena, el contagio hubiera sido inevitable e inmediato...

«Estoy aterrorizado.

»Lo repito una y otra vez. Es que no puedo evitar el sentirme avasallado por mi propia fatalidad.

«Tengo que detenerme. Vuelven los síntomas. Empiezan ya a dolerme las manos. Dentro de escasos segundos el dolor me subirá por los brazos, me llegará al cuello y luego se me meterá en la cabeza... Cuando me mire al espejo, la mutación habrá ya empezado. Espantado, despavorido, no tardaré en ser ese ser monstruoso...»

Alexander Mills dejó de leer el diario.

—Toda su sangre, ahora, la tiene mi hija... —jadeó, y tuvo que apoyarse para no perder el equilibrio. Y murmuró una y otra vez—. Maldición... Maldición... Maldición...

CAPITULO II

El director del periódico había mandado llamar a Suzanne, una guapa muchacha de ojos oscuros y esbelta silueta. Era la más decidida de sus reporteras.

—Tengo un trabajo para ti —le dijo desde su sillón giratorio.

—¿Padece amnesia, jefe? —ella le ofreció una sonrisa de circunstancias—. Mañana empiezan mis vacaciones.

—Lo lamento, pero es necesario que las dejes para más adelante. Si no me han informado mal, el asunto vale la pena.

—¿Qué asunto? —preguntó curiosa, pero la verdad es que no quería dejarse vencer por el gusanillo profesional. Hizo constar—. Si no fuera por mis vacaciones...

—El asunto es peliaguado, arduo, sumamente peligroso. Sin duda demasiado arriesgado para una mujer, pero...

No hizo falta que añadiera ninguna otra palabra para que Suzanne se decidiera. Respondió.

—Acepto el trabajo, jefe. Pero si lo hago bien me subirá el sueldo, ¿eh?

—De acuerdo —cedió. Bien mirado la chica se lo merecía todo—. Voy a explicarte de qué se trata.

—Soy toda oídos.

—Cerca de la localidad de Madderwers vive un tal Alexander Mills. La susodicha localidad está situada aquí... —se la señaló en el mapa que acababa de abrir sobre la mesa—, Alexander Mills, un famoso explorador, reside en una gran casa, en una gran mansión, en compañía de su madre política, una anciana paralítica, y de su hija Victoria...

—¿Y bien?

—Algo muy raro pasa allí, y la policía va a la deriva. Nadie se explica lo que sucede.

—¿Y qué sucede? —preguntó. Y como adivinándolo—. ¿Han habido muertes?

—Sí. Dos hombres jóvenes han muerto últimamente.

—¿De qué forma han muerto? —quiso saber.

—Los cadáveres fueron encontrados con la cabeza arrancada del cuerpo. Pero no pienses en ninguna hacha, o cosa así. No, nada de eso. El asesino se limita a usar sus manos.

—¿Y solo con sus manos consigue separar la cabeza del cuerpo de sus víctimas? —inquirió incrédula.

—Sí.

—¡Caray, qué fuerza!

—Ahora bien —siguió explicando el director del periódico—en el rostro de las víctimas queda reflejado un terror tan enloquecedor, tan

desquiciado, que más de uno ha llegado a la misma conclusión...

—¿Qué conclusión es ésa?

—Que las víctimas, en lugar de perder la vida a causa de las manos que les decapita, mueren ejecutados por el propio terror que sienten.

—Si no le conociera, jefe, pensaría que intenta ponerme la carne de gallina.

—Hazte cargo, Suzanne, llegar al fondo de este asunto sería una buena cosa. Podría reportar una gran venta de ejemplares para nuestro periódico. Sacaríamos la noticia como exclusiva y...

—Estoy con usted, jefe, sería una buena cosa. ¿Pero qué quiere que haga yo si por lo que me ha dicho la misma policía no ha podido hacer nada?

—Vales mucho, Suzanne —la aduló —. Tú eres capaz de averiguar lo que te propongas. Por eso te he elegido a ti.

—Gracias —ironizó.

—No hay de que.

—Pero, ¿por dónde debo empezar? Al menos puede darme una idea, ¿no le parece?

—Te diriges a Madderwers, observas de cerca la mansión, y según veas el ambiente optas por una cosa o por la otra.

Actúas sobre la marcha. ¿Te parece buena la sugerencia?

—Vale —contestó la muchacha.

Aquel mismo día salió hacia Madderwers.

Hubiera conducido más aprisa, la velocidad le encantaba, pero aquel coche suyo no era precisamente nuevo, así que prefería tratarlo bien. No fuera a ser que se descacharrara en el momento menos oportuno.

Pero lo cierto es que, a pesar de todas sus precauciones, se descacharró. Afortunadamente lo hizo cerca de una posada.

Suzanne, con pantalones ajustados, jersey de gruesa lana y un bolso colgado del hombro, salió del coche y penetró en el establecimiento. Acababa de darse cuenta de que tenía apetito.

Tomaría una cerveza y un bocadillo y luego pensaría en lo que tenía que hacer.

Estaba esperando que la sirvieran, cuando un joven muy alto, de un metro ochenta como mínimo, de rasgos viriles, vestido con pantalones de pana y cazadora de piel, se sentó en el taburete lindante al suyo.

Suzanne le miró con ojos críticos. Se las daba de saber catalogar a las personas a la primera ojeada.

«Practicas el deporte —pensó—y vienes de una familia acomodada. Tienes el temperamento enérgico, fuerte, y no es fácil que des un paso atrás si crees que debes darlo adelante. Te atraen

las mujeres, te atraen tanto que todavía no te has decidido por ninguna. Por descontado, tal alto y tan atractivo, tú gustas a muchas... —Suzanne se sorprendió a sí misma con esa conclusión—. Incluso a mí...»

—Hola —oyó que él la saludaba.

—Hola —contestó ella.

—Tienes el coche estropeado, ¿eh? Te he visto llegar a trancas y a barrancas.

—Sí, lo tengo estropeado.

—Yo puedo llevarte en el mío —se brindó.

—Es usted muy amable.

—Entre la gente joven me gusta el tuteo.

—De acuerdo —repuso ella, sonriéndole, y corrigió—. Eres muy amable.

—Mi nombre es Steve.

—El mío Suzanne.

El camarero sirvió la cerveza a la muchacha, colocándole cerca un plato con el bocadillo que había solicitado.

—Ese bocadillo tiene un aspecto delicioso. Camarero, otro para mi —dijo el joven.

Un rato después iban juntos por la carretera. Steve al volante de su coche recién adquirido y la muchacha a su lado sintiéndose de buen humor.

—¿Adónde te diriges? —se interesó Steve.

—A Madderwers,

—¡Qué casualidad! —exclamó él—. Yo también voy allí.

—¿Eres de esa localidad? —preguntó Suzanne.

—No. Pero voy a hacer una visita a un amigo de mi padre. Está esperándome.

—Yo voy en busca de un tal Alexander Mills. En su casa, bueno, en su mansión, han aparecido dos muertos con la cabeza arrancada del cuerpo. —Y añadió—. Soy reportera, ¿sabes? me envía el director del periódico. Desea un buen relato con toda la verdad, con la identidad del culpable y con unas buenas fotos para completar el asunto.

—Ese trabajo corresponde a la policía, no a una reportera tan bonita como tú —dijo Steve—. Si hay muertos, es que hay un asesino, y si hay un asesino es indudable que quien pretenda llegar al fondo de la cuestión se arriesga a acabar como las demás víctimas.

—No te falta razón —admitió Suzanne—, pero yo soy una chica decidida, lo he sido siempre. Te diré más, me atrae el peligro, casi me subyuga, no puedo evitarlo. Además, mi jefe me ha ofrecido aumento de sueldo.

—De poco te va a servir el aumento de sueldo si te quedas sin cabeza.

Se detuvieron en el primer garaje que encontraron. Pero Suzanne, tras dar las órdenes pertinentes para que se encargaran de su coche, volvió a ocupar el de Steve.

—Me llevas hasta esa mansión, ¿verdad? Aprovecharé lo que queda de día para echarle una ojeada. Ya debemos estar cerca, pues Madderwers es la primera localidad.

—Te llevo hasta donde quieras, Suzanne —contestó él—. Pero, por favor, no te metas en líos. Sentiría que te pasara algo.

—Tu preocupación hace que me sienta halagada —dijo la muchacha mirándole simpáticamente con sus bonitos ojos oscuros. Había de añadir—. Oye, me han parecido, al mencionar a Alexander Mills, que le conocías, o que, por lo menos, habías oído hablar de él.

—¿Eso te ha parecido? —por lo visto no quiso decir que sí, ni que no.

—He podido equivocarme en mi apreciación, claro... —admitió —. Pero me da que no...

—Pues francamente, y ya que insistes —repuso Steve—sí, le conozco. Pero la verdad es que deseo conocerle mejor.

—¡Ah! —deseó que Steve le ampliara el comentario.

Pero Steve no había de satisfacer su curiosidad, de momento al menos. La muchacha tuvo que conformarse con la anterior respuesta y con su tono enigmático que le sugirió la posibilidad de que el joven sabía más de lo que decía. Quizá, mucho más.

Como Suzanne no era propensa a desanimarse fácilmente, había de volver a la carga.

—¿Conoces a la señora Jacobs? Me refiero a la madre política de Alexander Mills.

—Sí.

La respuesta, que duda cabe, no pudo ser más breve. Tan breve que era para desanimar a cualquiera. Pero por descontado no a Suzanne, que siguió hablando como si tal cosa.

—Está paralítica, eso me han dicho.

—Sí —contestó Steve. En esta ocasión había de mostrarse más locuaz, aunque no mucho—. Antes de que su hija se casara con Alexander Mills ella estaba ya en un sillón de ruedas.

—¿Y a su hija...? —preguntó Suzanne seguidamente—, ¿Conoces a la hija de Alexander Mills?

—De pequeños hemos jugado juntos.

—¿Cómo es...?

Steve dejó de mirar el trazado de la carretera para volverse hacia la muchacha.

—Desde luego que tan preguntona como tú.

—¡Oh, no te enfades! Es que vengo en plan de averiguar muchas cosas y una pequeña ayuda siempre es de agradecer.

—De acuerdo, de acuerdo... —cedió Steve—. Pues es, flacamente, alta y recia, no demasiado guapa. Aunque yo la veo así porque nunca me ha gustado su carácter.

—¿Qué le pasa de malo a su carácter?

—Demasiado mimada por su padre, y por su madre, antes de que ésta muriera de una cruel enfermedad, y también muy mimada por su abuela, ha crecido imponiendo su voluntad a cuantos le han rodeado.

—Ahora que lo pienso —dijo Suzanne—me has dicho que ibas a Madderwers a hacer una visita a un amigo de tu padre. ¿Acaso ese amigo es Alexander Mills?

—En efecto —reconoció Steve—se trata de él.

Cuando llegaron a la mansión, el día empezaba a declinar. Pero aún hubiera habido bastante claridad a no ser la espesa niebla que se abatía por aquella zona.

Una verja de hierro circundaba la propiedad. Pero era tan extenso el parque-jardín, que desde allí, desde la carretera, la mansión no terminaba de verse.

—Bueno —dijo Suzanne—vale más que ahora nos separemos. Como amigo de la familia tú vas a entrar por la puerta...

—¿Por donde vas a entrar tú? —preguntó Steve—. ¿Acaso por otra parte?

—Sí —asintió la muchacha—, pero no lo digas a nadie, por favor. Verás —le sonrió, animosa y desenvuelta—observaré la propiedad por el otro lado, por el lado de atrás, y cuando sea ya completamente de noche me decidiré a saltar la verja. Date cuenta, me he puesto pantalones para facilitar las cosas.

—¿Y qué harás una vez hayas saltado la verja? —quiso saber Steve—. Si estás en forma y saltas, que lo dudo un poco.

—No lo dudes, soy muy ligera y me encaramo por cualquier parte. ¿Sabes una cosa?, en una ocasión subí a un segundo piso por una tubería de desagüe. ¡Ah!, me has preguntado qué pienso hacer una vez haya saltado la verja. Pues husmear aquí y allá, todo lo que pueda, y empezar a sacar conclusiones.

—No te resultará tan sencillo —Steve deseaba que recapacitara, pero comprendía que la muchacha estaba lanzada y que nadie conseguiría disuadirla—. Si la policía ha fracasado...

—Espero tener suerte.

—La suerte es una dama veleidosa e injusta, a menudo sonríe a quien menos se lo merece. Así que, no te fíes demasiado.

—Me ha gustado tu frase —dijo ella. Y sin más, como acabando de tener una corazonada —. Oye, ¿acaso eres novelista?

Steve se quedó un poco cortado.

—Pues sí —reconoció—. Soy novelista. ¿Cómo lo has adivinado? ¿Por esa frase...? ¡Pues si que eres una chica lista!

—¿Qué clase de novelas escribes? —se interesó ella —. ¿De misterio? ¿De terror?

—No. Escribo novelas serias.

—¿Quieres algo más que el misterio y el terror? Bueno, ya te he comprendido. Algún día leeré algo tuyo. Ahora hemos de separarnos. Adiós, y gracias por todo.

—Deja que te diga una cosa antes de separarme de ti.

—Dila.

—Eres muy guapa —su tono se esforzó por ser el de un hombre bromista y desenfadado—. Adorablemente guapa.

—Acabas de acelerar los latidos de mi corazón —aseguró ella sonriéndole.

* * *

Alexander Mills, que había envejecido muchísimo, recibió a Steve dándole un abrazo muy fuerte.

—¡Muchacho, qué alegría me da volver a verte!

Estaba profundamente emocionado. Y más que esto, ciertamente. No en vano aquel joven alto que tenía ante sí era el hijo del doctor Donner, su mejor amigo. Su sola presencia despertaba en él terribles recuerdos y agitaba violentamente las fibras más recónditas de su ser.

—Comparto su alegría, señor Mills —dijo Steve, pero algo en él demostró que se sentía receloso.

¿De qué... ?

¿De quién... ?

Pero de su recelo no se dio cuenta Alexander Mills, quien, tras un nuevo y fuerte abrazo, le invitó a pasar.

—Todos tienen muchas ganas de saludarte —repuso.

Había pluralizado. Pero, claro, no podía haberse referido más que a su hija Victoria y a su madre política, la anciana paralítica señora Jacobs.

—Lo mismo digo.

—Pasa, muchacho, pasa...

Steve Donner había estado allí en otras ocasiones, pero de eso hacía ya muchos años. Ya no se acordaba bien de como era todo aquello.

Se acordaba perfectamente, no obstante, de la señora Jacobs. En realidad la encontró tal como la recordaba. Más vieja, indudablemente, pues ahora tendría ya unos setenta y tantos años. Pero era la misma.

—¿Qué tal, señora?

Desde su sillón de ruedas, con una felpuda manta cubriéndole desde la cintura hasta los pies, la anciana le miró.

—Has crecido tanto desde la última vez que te vi, que no te hubiera reconocido. —Ha pasado mucho tiempo.

—Fue horrible lo que le sucedió a tu padre —tocaba el tema, sin duda considerando que debía hacerlo—. Lo lamento muchísimo.

—Estoy seguro de ello.

Todas las estancias eran amplias y estaban magníficamente amuebladas. Las lujosas lámparas y los cuadros de categoría, de indudable belleza, contribuían a que el ambiente resultara regio.

Se dirigieron al salón. Allí los cortinajes eran de terciopelo color granate, con flecos dorados. También eran doradas las figurillas que había sobre la repisa de la chimenea. Una chimenea de mármol blanco y negro, en la que en esos momentos crepitaba el fuego.

Allí en el salón estaba Victoria, quien se adelantó para saludar al recién llegado.

—¿Qué tal estás, Steve...? —se mostró amable, muy amable.

—Estoy encantado de encontrarme de nuevo ante tan buenos amigos —respondió él—Espero no molestaros con mi presencia.

—¡Qué dices! —protestó Alexander Mills—, Lo único que nos molestaría es que te fueras pronto.

—¿Vas a quedarte mucho...? —preguntó Victoria.

—Estaré una semana —repuso Steve—, no puedo estar más. Pero siempre, lo dicho, que mi presencia no os cause incomodidades de ningún género.

—Será un placer tenerte con nosotros —sonrió abiertamente la señora Jacobs—, Pero nos hubiera gustado que tu permanencia aquí fuera más larga, de veras. Bueno, quizá te encuentres bien entre nosotros y terminemos conquistándote para que no nos abandones tan pronto.

Alexander Mills y su hija intercambiaron una mirada. No les gustó que la abuela se expresara en aquellos términos. Pero, claro, no era de extrañar sus amables palabras. La anciana ignoraba lo sucedido en la selva, cerca del poblado... Se lo habían ocultado todo. Habían querido evitarle un sufrimiento inútil.

—Eres un buen novelista —empezó a decir Victoria —. Te felicito sinceramente.

—Aún no he escrito mi mejor novela —dijo Steve—y esta novela quiero que sea la vida de mi padre. Las incidencias de sus viajes, las aventuras que vivió en los exóticos países por los que viajó, los motivos de su muerte...

El rostro de Alexander Mills expresó sobresalto, desasosiego. Lo que acababa de oír, dicho así, tan de súbito, le había cogido desprevenido.

Afortunadamente, Steve Donner no se dio cuenta de su reacción. Al menos eso supusieron. Pero Victoria no pudo menos de pensar que a su padre le faltaba dominio sobre sí mismo. Podía llegar a ser peligroso, muy peligroso, que no se controlara debidamente.

—Y para explicármelo todo bien —siguió diciendo Steve—necesito al mejor amigo de mi padre. ¿Puedo contar con usted?

—Claro que sí, muchacho —aseguró Alexander Mills, tranquilizando su tono y su expresión.

—Muy agradecido. —Y aclarado este punto, Steve se volvió hacia Victoria, diciendo—. Perdóname la franqueza, y no te la tomes a mal, pero te veo pálida, ojerosa... ¿Qué te pasa? ¿Acaso no te encuentras bien?

—No del todo —reconoció Victoria—. Ultimamente me siento muy agitada. Tomo sedantes, pero no me remedian nada.

—Desde el accidente en el jeep —amplió Alexander Mills —su sistema nervioso se ha alterado. Pero, bueno, estoy convencido de que no es nada importante. Acabará poniéndose bien.

—Un marido es lo que le hace falta —intervino la señora Jacobs—. ¿Pero cómo va a encontrarlo si se niega a salir de esta casa y si no quiere que venga gente y si tampoco deja que demos fiestas?

—Por tu manera de expresarte —Alexander Mills miró a su madre política—Steve va a sacar una impresión errónea... Es cierto que Victoria no sale, y también es cierto que no quiere que demos fiestas. Pero no, no se niega a que venga gente. Por lo que, en consecuencia, actualmente tenemos invitados... —tras un breve carraspeo había de añadir—. Tenemos tres invitados. Si bien se trata de unos invitados un tanto especiales...

De momento no aclaró más, y el ambiente quedó tenso, espeso, compacto, hubiera podido cortarse.

Esto al menos es lo que pensó Steve Donner.

CAPITULO III

Aquella noche Suzanne no hizo nada de lo que había dicho que iba a hacer. Desde luego recorrió la propiedad por la parte de atrás, observando con atención todo lo que pudo, pero no saltó la verja. Cuando iba a hacerlo pisó una pequeña piedra y de la manera más tonta se torció el tobillo. Se quedó cojeando.

El dolor le pasó pronto, pero para entonces había ya considerado que era preferible que dejara el inicio de sus investigaciones para el día siguiente. No venía de unas horas.

Abandonó el lugar, andando por la misma carretera y llegó en pocos minutos a Madderwers. Una vez en la localidad, se metió en el primer hotel que encontró.

Pero eso sucedió la noche antes.

Ahora era ya otro día.

Y Suzanne había vuelto por allí...

Decidida y desenvuelta, con su pantalón ajustado, su jersey de gruesa lana y su bolso colgado del hombro, se dispuso a actuar.

Sin embargo, en esta ocasión no tuvo necesidad de ir por el otro lado, por la parte de atrás de la mansión. Al pasar por la puerta de la verja, por la que daba entrada a la mansión, se la encontró levemente entreabierta y no viendo a nadie por allí no se lo pensó mucho, ni poco, ésta es la verdad, y se coló dentro.

Debían ser aproximadamente las ocho de la noche, y el parque-jardín estaba ya lleno de sombras y también de espesa niebla. Por lo visto la niebla era cosa frecuente en aquellos lugares.

Suzanne se metió por entre unos parterres y de allí pasó a una zona de frondoso arbolado. Desde aquel lugar oteó a su alrededor, no quería que el menor detalle le pasara desapercibido.

Vio a un hombre pequeño y enjuto que se dirigía hacia la puerta de la verja y la cerraba. Sin duda era el jardinero.

Para no ser descubierta, la muchacha fue retirándose hacia el otro extremo del parque-jardín. Pero lo hizo andando hacia atrás, pues no quería perder de vista al hombre pequeño y enjuto. Todos y cada una de las personas que habitaban en aquella propiedad eran piezas de aquel juego en el que ella acababa de tomar baza.

Viendo como el jardinero se dirigía hacia un pequeño pabellón situado no muy lejos de allí, Suzanne se dispuso a seguir adelante hacia la mansión propiamente dicha. Pero en eso, inesperadamente, tropezó con alguien.

Al girarse, vio que ese alguien era un joven de mediana estatura, delgado, rubio, que se le quedó mirando de un modo raro, muy raro.

—¡Oh, cuanto lo siento! —y la muchacha, a pesar de su habitual desparpajo, se quedó sin saber qué añadir.

—La culpa ha sido mía —dijo el joven, éste visiblemente aturdido —. Perdóneme. Es que... —y se disculpó—soy ciego.

Suzanne le miró a los ojos. Sí, era ciego. Su mirada no tenía vida, se perdía desolada en el vacío, entre las negras, lúgubres y tenebrosas tinieblas de su nula visión.

—¿Vive usted aquí...? —le preguntó Suzanne, pareciéndole inmejorable la ocasión para empezar a indagar.

—Sí —contestó el joven delgado y rubio—. Bueno, no exactamente —se corrigió a sí mismo—. Estoy como invitado del señor Mills... Alexander Mills, quizá usted haya oído hablar de él, es un famoso explorador... Pero, ¿y usted? —preguntó seguidamente—, ¿Quién es usted?

—Venía en busca de una amiga mía —mintió Suzanne—. He creído que era ésta la dirección que me había dado, y como al llegar la puerta de la verja estaba entreabierta...

—Comprendo —se hizo cargo el joven.

—Voy a retirarme. Y usted perdone...

—No se preocupe —sonrió. Había de añadir, amablemente—. Lamento de veras que no sea ésta la dirección que usted buscaba. Suelo conocer a las personas por su voz y sin lugar a dudas la suya es preciosa. Debe ser usted joven y guapa.

—Gracias.

—¿Acaso me he equivocado?

—No del todo —admitió—. Bueno, adiós...

Se dirigió hacia la puerta de salida, pero así que estuvo prudentemente alejada del joven delgado y rubio, cambió de dirección y volvió a introducirse en el parque-jardín, esta vez por el lado opuesto.

El parque-jardín era tan amplio, tan extenso, y a la vez tan lleno de sauces llorones, de setos, de acacias, de parterres, de toda clase de plantas y arbustos, que cualquier espectador había de sentirse forzosamente admirado.

Pero la niebla se iba adueñando más y más de aquel hermoso panorama y esa niebla parecía calarse dentro, muy dentro del cuerpo. Como avisando que era peligroso cometer la temeridad de seguir adelante.

Pero Suzanne estaba hecha, o creía estar hecha, para afrontar riesgos y para meterse en líos. De los que, por descontado, siempre hasta entonces había salido victoriosa. De momento al menos todo habían sido éxitos en las misiones que le habían sido encomendadas.

Volvió a encaminarse hacia la mansión. Desde donde estaba veía ya perfilarse una parte de la misma.

Pasó cerca de un espléndido sauce llorón. Sus abundantes ramas lánguidas, descendentes, no permitían ver lo que había, o pudiera

haber, al otro lado. Pero la muchacha oyó un leve ruido y comprendió que allí había alguien.

Quiso retroceder a tiempo, pero fue inútil. De pronto se encontró cara a cara con un joven alto y pelirrojo, el cual se le quedó mirando de un modo raro, muy raro.

Como sea que casi llegaron a tropezar, Suzanne se apresuró a disculparse. Era lo menos que podía hacer.

—Lo siento...

—La culpa ha sido mía —aseguró el joven alto y pelirrojo—. Soy ciego, ¿sabe?

—¿Ciego...? —y Suzanne acababa de estremecerse, aquella coincidencia se le antojaba excesiva.

Pero era ciego, sí, no cabía ponerlo en duda. Su mirada no tenia vida, se perdía desolada en el vacío, entre las negras y tenebrosas tinieblas de su nula visión.

—Estoy pasando unos días en casa del señor Mills —dijo el joven —, Alexander Mills...

—Un famoso explorador —repuso la muchacha —. He oído hablar de él.

—¿Es usted amiga de Victoria? Bueno, por su bonita voz me la imagino joven... De ello que piense que sea usted amiga de la hija del señor Mills...

—Me he equivocado de dirección —dijo Suzanne, y repitió la misma mentira de antes—. Y como al llegar a la puerta de la verja la he encontrado entreabierta... Bueno, me retiro... Usted perdone...

—Ha sido un placer.

Suzanne volvió a dirigirse hacia la puerta de la verja. Pero de nuevo solo fingió que iba a irse, que iba a salir de allí. En el momento oportuno volvió sobre sí misma y se coló por otro lugar.

Aunque, ciertamente, no terminaba de encaminar sus pasos por donde debía. Esto resultaba indudable. Tanto fuera por un lado como por el otro, antes o después se estaba viendo detenida.

Aumentaría sus precauciones.

Pero sólo fue una pretensión.

De la manera más inesperada, más insólita, casi más absurda, volvió a tropezar con alguien. Era como si aquellas personas andaran sin hacer ruido. O tal vez estaban detenidas y por eso no las oía. Esto era lo más plausible.

—Lo lamento —y la muchacha se disculpó una vez más.

Esta vez se trataba de un joven con el rostro lleno de pecas. Un joven que se le quedó mirando de un modo raro, muy raro.

Suzanne reparó en sus ojos. Su mirada no tenía vida, se perdía desolada en el vacío, entre las negras y tenebrosas tinieblas de su nula visión.

—Soy yo quien debo disculparme. Pero espero que se haga cargo... —Y el joven añadió lo que Suzanne ya se esperaba—. Soy ciego.

* * *

Esta vez, empero, no habían de desarrollarse los hechos como en anteriores ocasiones.

El joven pecoso alargó de pronto las manos hacia adelante, tanteó en el vacío y buscó las de Suzanne, estrechándoselas insistentemente.

—No sé quién es usted, ni a qué viene a esta casa —murmuró con voz temblorosa —, Pero le ruego que no me deje solo, que no me abandone... Tengo un miedo horrible...

—¿De qué tiene miedo? —preguntó la muchacha.

—No lo sé —reconoció—. Pero estoy convencido de que un grave peligró se abate sobre mí. Un peligro que me hará su presa si no acierto a evitarlo...

—No le entiendo —dijo Suzanne. Pero comprendió que había dado ya con el hilo de la madeja.

—¿Y cómo voy a evitar el peligro —pareció preguntárselo a sí mismo—si soy ciego, si estoy en una casa extraña y si en realidad no sé de quién debo desconfiar?

—Creo que le entendería mejor si me lo explicara todo con un poco más de calma, de conexión, ¿no le parece? —y la muchacha, para tranquilizar al joven, lo que buena falta le estaba haciendo, agregó—. Estoy dispuesta a ayudarle, no se preocupe.

—En esta casa hay un ser horrible, monstruoso —había de decir el joven pecoso tras unos segundos de pausa.

El temblor de su voz había aumentado tanto, que sólo oírle causaba pena, conmiseración.

—¿A qué clase de ser se refiere? —inquirió Suzanne.

—No puedo responder con exactitud, soy ciego, ya se lo he dicho. Cuando ese ser ha estado ante mí, he oído sus gemidos, sus jadeos...

—¿Sus gemidos? ¿Sus jadeos? —no había terminado de entender aquello.

—Este ser sufre atrozmente, y cae al suelo, se retuerce de dolor, y gime, jadea... Pero lo malo es que luego, luego...

—¿Qué pasa luego?

—Ultimamente han muerto dos personas en esta casa —seguía temblándole la voz—. No lo supe hasta hace unos días... Pero desde que lo sé, y desde que no es un secreto para mí la existencia de ese ser...

—A más de sus gemidos, de sus jadeos, ¿en qué se basa usted para saber que en esta casa hay un ser horrible, monstruoso? ¿No

cabe que su imaginación le esté jugando una mala pasada?

—No, no cabe eso —contestó—. En una ocasión, al oírle sufrir de ese modo tan espantoso, me atreví a avanzar y a tocarle, y a palpar con mis manos su rostro... ¡Oh, fue una sensación espeluznante, aterradora!

—Siga, siga... —y la muchacha quedó a la espera de que le detallara más cómo era aquel ser monstruoso.

—Se dejó tocar, se dejó palpar... —murmuró el joven pecoso, siempre temblándole la voz—. Por lo visto no se esperaba que lo hiciera y le cogí desprevenido... ¡Y lo que toqué, lo que palpé, erizó mis cabellos! Su rostro era terriblemente contrahecho, espeluznantemente deforme... Sus ojos desaparecían en unas cuencas profundas y agrietadas... Su frente se hundía hasta el mismo cráneo... Su nariz se encogía y retorcía de un modo escalofriante... Su boca se agrandaba tan desaforadamente que puede decirse que le llegaba hasta las mismas orejas... Los dientes, sobre todo los incisivos, salían de entre sus labios alargados y puntiagudos... Los pómulos y el cuello estaban atrozmente hinchados...

—Pero ese ser, ¿era un hombre o una mujer? —quiso saber Suzanne.

—¿Cómo saberlo, cuando en realidad solo se trata de un ser monstruoso? Sólo puedo asegurarle —agregó el joven pecoso—que tenía una fuerza increíble, desusada, fuera de lo común... Me rechazó con tanta energía que fui a parar a varios metros de distancia, un poco más y quedo pegado a la jaula del gorila. En cuyo caso ya no lo contaría...

—¿Ha dicho la jaula del gorila?

—Sí, eso sucedió donde el señor Mills tiene a sus bichos, i sus ejemplares de excepción. Pero no son esas fieras las que me preocupaban —le faltó tiempo para aclararlo—sino esa otra, extraña e inquietante que anda suelta por la casa.

—Si tocó a ese ser, si le palpó, debió fijarse en cómo eran sus cabellos de largos. De eso puede deducirse si era un hombre o una mujer.

—¿Usted cree...? —hizo un gesto incrédulo—. Hoy día muchas chicas llevan el cabello a lo chico y muchos hombres lo llevan largos como mujeres. Es la moda, ¿no? En realidad — confesó seguidamente—no le toqué el cabello. Sentí tanto horror que no acerté a nada más...

—¿De quién desconfía usted? —preguntó Suzanne—. ¿Qué es lo que teme ciertamente?

—Ultimamente han muerto dos jóvenes... Dicen que acabaron con la cabeza separada del cuerpo... Y dicen que el asesino, para acabar con ellos, sólo necesitó de la fuerza de sus manos... ¿Se hace cargo

de lo espantoso, de lo alucinante de mi situación? —el temblor de su voz seguía siendo lamentable.

—Oiga, para que yo pueda hacerme más cargo de todo lo que usted me explica —dijo Suzanne—, ¿por qué no me lleva al lugar en que sucedieron tales hechos...? Deduzco que las jaulas, con esos ejemplares de excepción que usted ha mencionado, no estarán dentro de la casa...

—No, claro que no. —Y le puso al corriente—. Están en el invernadero. Bueno, antes era el invernadero. Ahora es el lugar donde el señor Mills guarda a sus animales.

—Pues si no hemos de encontrar a nadie... —empezó a decir la muchacha, queriendo animarle—¿por qué no me lleva allí? Quizá yo pueda, echando una ojeada a todo aquello, sacar alguna deducción más o menos válida.

—Me parece una buena idea. Pero..., pero..., ¿usted quién es? —las dudas le hicieron vacilar—. Que desee tenderme una mano, así, por las buenas...

—¿Por qué no? —Suzanne se esforzó por parecerle convincente —. Le veo asustado, es usted ciego. Mi deber es ayudarle.

—Gracias.

—Pero antes de ir allí, ¿por qué usted y los otros dos jóvenes, los tres ciegos, son los invitados del señor Mills? Sin duda existe un motivo especial...

—Sí, debe haberlo —asintió, y de nuevo su voz tembló ostensiblemente —. El mero altruismo no termina de ser una explicación. Hace ya días que lo he comprendido.

El joven pecoso supo llevarla hasta el llamado invernadero. A pesar de su absoluta ceguera conocía paso a paso aquel parque-jardín.

Ya en el interior del acristalado recinto, Suzanne se dio cuenta de que, en efecto, allí se hallaban unos ejemplares sin duda único».

Miró con admiración al pájaro negro, con la punta de las alas blancas, patas y curvado pico de color rojo, rojo violento. Reparó con no menos admiración en el guepardo de ojos increíblemente verdes, de esbeltos, gráciles y armoniosos miembros. Pero su atención máxima la acaparó el gorila.

Se trataba de un ejemplar fantástico. Su tamaño era verdaderamente sensacional, fabuloso, y dentro de la jaula ofrecía un aspecto tan fiero, tan amenazador, que uno al verle retrocedía instintivamente. Mediría bastante más de dos metros y pesaría sin lugar a dudas más de trescientos kilos.

Entre una jaula y la otra se alzaban plantas de mayor o menor tamaño. Posiblemente para que los animales no se vieran entre sí.

—Es aquí —dijo el joven pecoso a Suzanne—donde me encontré a ese ser horrible, monstruoso. Ya hacía rato que estaba aquí cuando le

oí entrar... Al poco le oí gemir, jadear... Luego le toqué, le palpé...

Suzanne no llegó a tiempo de decir nada. El joven pecoso se cogió convulsamente de su brazo y susurró, estremecido hasta lo más hondo:

—Oigo pasos...

—¿Sí? —ella no había oído nada.

—Oigo pasos... —repitió.

La muchacha abrió el bolso que seguía llevando colgado del hombro y sacó la cámara fotográfica. Si veía algo que se apartaba de lo corriente, quería dejar constancia de ello en los clichés.

—Ocultémonos —le aconsejó el joven, llevándosela hacia unas plantas, tras la cual se protegieron.

Permanecieron inmóviles unos minutos.

No muchos, pues al poco se oyó como se abría una puerta, una de las tres por las que se podía entrar o salir del invernadero.

Durante el tiempo transcurrido, las sombras de la noche habían caído sobre el parque- jardín, así como la niebla, que cada vez estaba resultando más densa. De ello que en aquellos momentos, en el interior del invernadero, apenas quedara un poco de claridad.

Al oír el ruido de la puerta que se entreabría, Suzanne quiso agudizar la mirada. Pero no, de momento no pudo ver nada.

¡Pero sí, el horrible ser que acababa de aparecer!

Se dejó ver la cabeza, asomando tras el quicio de la puerta que se había entreabierto...

A pesar del espantoso vuelco que le dio el corazón, la muchacha levantó la cámara fotográfica, observó con precisión a su objetivo y accionó un par de veces. No podía dejar pasar de largo tan inmejorable oportunidad.

No obstante, su valor no era tanto como para hacer frente con serenidad a una aparición como ésa. De ello que, apenas disparadas las fotos, sintiera que se tambaleaba.

Después...

¿Qué pasó después?

No hubiera sabido decirlo.

Sintió un terrible dolor en mitad de la cabeza y cayó al suelo desvanecida.

* * *

—¿Qué le pasa? ¿Qué le sucede...? —el joven pecoso, muerto de miedo, se había agachado sobre el cuerpo de la muchacha.

La voz, en esta ocasión, apenas salió de su garganta. Quizá para no ser oído por el ser monstruoso que no se hallaba muy lejos. Tal vez porque la saliva había formado un nudo asfixiante en su nuez.

Suzanne no le respondió. No pudo hacerlo porque estaba sin sentido, tendida a sus pies.

El joven retrocedió hacia una de las salidas. Si alcanzaba aquella puerta aún podría huir del invernadero.

Pero fue su precipitado retroceso, ni más ni menos, lo que llamó la atención de quien, de no haberse movido, quizá no hubiera reparado en su presencia.

El joven pecoso oyó los pasos que se acercaban a él, y sintió el aliento que le quemaba el rostro, y notó como era cogido brutalmente... ¡Le dieron tentaciones de aullar, de vociferar como alma torturada por el fuego del mismísimo averno!

—No, no quiero morir... —suplicó, mientras su cuerpo se convulsionaba.

Su asesino no respondió. Igual que si fuera mudo.

—Por favor... —suplicó de nuevo, y ahora no sólo temblaba su voz, sino también su cuerpo, con sus vértebras, y sus huesos, y su sangre, e incluso también con su alma.

Estaba enloquecido de miedo, de terror. Tan enloquecido de terror y de miedo, que de durar mucho aquello hubiera acabado volviéndose loco.

Desde luego había caído en poder del asesino. De ese asesino que últimamente había acabado con la vida de aquellos dos jóvenes.

El joven pecoso lo sabía, o lo presentía, o lo que fuera. Venía a significar lo mismo.

De ello que el pavor, el espanto, se hubieran desbordado dentro de él. De tal modo que ni fuerzas le quedaron para gritar.

Se había sentido cogido brutalmente...

Pero eso sólo fue el principio.

El principio del fin.

Una fuerza demoledora le cogía ahora por la cabeza, y otra fuerza, asimismo demoledora, le cogía por el cuello. Y las dos fuerzas, conjugándose sobrecogedoramente, llenas de violencia y arrebato, se lanzaron a su siniestra misión.

Instantes después, su cabeza había girado sobre su propio cuello. Una vez, dos, tres...

Acabó con la cabeza separada del cuerpo.

CAPITULO IV

Steve Donner había decidido permanecer una semana en la mansión. No era mucho tiempo, pero confiaba en que le bastaría para averiguar todo lo que se proponía.

Que no era poco.

Unas semanas antes había viajado por esa misma selva que meses atrás recorriera su padre, llegando al mismo poblado donde ellos, su padre y Alexander Mills y Victoria, habían permanecido durante algún tiempo. Allí habló con gente del poblado y fue entonces cuando se enteró de ciertas circunstancias altamente sospechosas.

No, no podía quedarse sin esclarecerlas.

Pero Steve Donner, que fue bien recibido por todos los componentes de la familia, pensó que no debía precipitarse, ni en sus juicios, ni en sus indagaciones. Debía actuar con cautela y discreción.

No obstante, recordaba cuando le comunicaron que tenían invitados. Tres invitados un tanto especiales.

Se quedó sin saber exactamente qué pensar.

Pero Alexander Mills, si bien tras una pausa bastante larga, había de aclarárselo.

—Son tres jóvenes ciegos... Los he traído para que pasen una temporada con nosotros. En cuanto se habitúan a la casa y al parque-jardín, se encuentran muy a gusto aquí. Quizá porque pueden ir solos de un lugar para el otro, es esto algo muy distinto a la vorágine que hay en las ciudades. —Y añadió —. Más que nada es una obra de caridad...

Steve Donner sintió tentaciones de sacudir la cabeza, para desaturdirse. Aquella explicación no le había parecido convincente. Ni poco ni mucho. Nada.

Por lo demás, Steve se fijó en que Victoria observaba demasiado atentamente a su padre, como si temiera que pudiera decir algo de más, o cometer una indiscreción. Un nuevo detalle que no le gustó, que le hizo sentirse aún más y más receloso.

Seguidamente le enseñaron la mansión. Ya la conocía, pero la verdad es que ya no se acordaba de todo aquello. Era una propiedad magnífica, con un parque-jardín donde todo era asimismo digno de admiración.

¿También merecía admiración lo que pudo contemplar en el interior del llamado invernadero?

Posiblemente sí. Steve tuvo que admitirlo. Aunque a él no le hubiera hecho la menor gracia vivir cerca de un enorme gorila como aquél, ni de aquel guepardo cuyos ojos intensamente verdes refulgían asesinos, ni tampoco de aquel pájaro negro, con la punta de las alas blancas, y las patas y el curvado pico de color rojo, rojo violento.

Pero era cuestión de gustos.

Al margen de todo ello, aquella noche, la de su llegada, Steve se retiró lo antes posible al amplio, confortable y magníficamente amueblado dormitorio que le había sido destinado.

¿No le había dicho Suzanne que pensaba saltar la verja y empezar a investigar la muerte de esos dos jóvenes cuyos cuerpos fueron encontrados sin cabeza? Quería estar a la expectativa.

No obstante, por más que permaneció tras los cristales de la ventana de su dormitorio mirando el parque-jardín, Steve no vio en ningún momento nada de especial. Acabó comprendiendo que la guapa muchacha reportera había optado por dejar aquel trabajo para otro día, o mejor dicho, para otra noche.

* * *

Al día siguiente se levantó temprano, pero se encontró con que la señora Jacobs había madrugado más que él. En su sillón de ruedas, se hallaba frente al mirador del comedor. Tocaba el violín, entornando los ojos como si estuviera haciendo presente un dulce y añorado pasado.

Ya sabía que tenía afición a ese instrumento de cuerda, así que Steve no se sintió sorprendido.

—La música es tan hermosa... —ponderó la señora Jacobs.

—Y usted toca muy bien —elogió Steve.

Conversaron durante bastante rato, hasta que llegó la hora del desayuno. Allí, junto al mirador, bajo los primeros rayos del sol, se estaba bien. Aunque posiblemente el sol no tardaría en desaparecer, el cielo se estaba cubriendo de nubes. Sin duda acabaría haciendo un día muy frío.

No hablaron nada de particular. Fue una charla sencilla, normal. Por lo menos al principio.

Luego, en un momento dado, la anciana señora dijo con tono contenido:

—Dos muertes en esta casa. Y los dos eran amigos nuestros, invitados nuestros... Estás al corriente de todo lo sucedido, ¿verdad?

—Sí —Steve acababa de asentir.

—Es natural, se ha hablado mucho de lo acaecido. ¡Qué horrible, qué espantoso resulta todo! Y no, por más que se piense no tiene explicación...

—La policía intervendría —repuso él, pero con naturalidad, sin querer demostrar su sumo interés por todo aquello.

—Naturalmente —dijo la anciana —, pero no consiguió aclarar absolutamente nada.

—¿No se encontraron huellas dactilares en las víctimas? —preguntó Steve—, Dicen que el asesino mata con la sola fuerza de

sus manos.

—No había huellas.

—El asesino, en ambas ocasiones, debió usar guantes. Parece la deducción más lógica.

—Es posible. Pero, ¿por qué mató...?

Dejaron el tema en este punto. No hicieron hincapié en ningún otro hecho, en ninguna otra circunstancia.

Estaban ya sirviendo el desayuno. Les esperaban.

Ya todos ellos alrededor de la mesa, Steve Donner estuvo observando repetidamente a Victoria, si bien con la máxima naturalidad que pudo. No quería que ella, ni su padre, ni tampoco su abuela, se dieran cuenta del examen a que la sometía.

Victoria estaba muy cambiada. Era alta y recia, tal y como la recordaba. Pero no parecía la misma. Le hubiera costado explicar en qué estribaba la diferencia. Desde luego hacía mala cara, estaba muy pálida y ojerosa.

En cuanto a los tres jóvenes ciegos, que por descontado le fueron presentados la noche antes, la noche de su llegada, durante el desayuno se rieron a menudo, evidentemente se sentían muy a gusto en aquella mansión.

Bueno, no era así exactamente. Uno de ellos, no el joven rubio, no el joven pelirrojo, sino el otro, el que tenía la cara llena de pecas, se mostraba muy nervioso y agitado por más que intentaba disimularlo. Esta es la verdad.

Steve Donner no quiso, sin embargo, dar excesiva importancia a la circunstancia. Pero seguiría observándoles a todos, esto por descontado.

Por lo demás, durante el transcurso de aquel primer día, Steve tuvo ocasión de dialogar con Alexander Mills. Era lógico que así fuera. Y no perdió la ocasión y fue al grano, directo a lo que a él le interesaba.

Ya había expuesto su pretensión de escribir un libro con las vicisitudes y aventuras por las que pasó su padre, así que tuvo fácil el iniciar la conversación en tal sentido.

En determinado momento hizo alusión, de nuevo, a como su padre había muerto, y otra vez captó una expresión de sobresalto, de desasosiego, en Alexander Mills.

Pero Steve siguió conversando como si no hubiera reparado en nada. De momento era lo adecuado. Tiempo habría de referirse a lo que ya sabía.

También estuvo fijándose en los componentes del servicio.

¿Por qué no hacerlo? Cualquiera de ellos podía estar vinculado en el asunto. La idea resultaba factible.

Pero lo cierto es que, tanto el mayordomo como la doncella y la cocinera, le inspiraron muy pocos recelos. Tenían caras de excelentes

personas. Del jardinero, un hombre pequeño y enjuto, podía decirse otro tanto.

Aunque en las apariencias no hay que fiarse demasiado. Steve Donner lo sabía sobradamente.

En fin, que las horas fueron transcurriendo y que aquel primer día en la mansión pasó sin que en realidad sucediera nada de extraordinario.

Y las sombras de una nueva noche empezaron a surgir en el parque-jardín, y también apareció la niebla.

Steve pensó en la guapa reportera, convencido de que esa noche llevaría a cabo su intentona de saltar la verja y de meterse donde pudiera. Aunque quizá no esperara a que fuera completamente de noche y anticipara su tentativa.

Así que Steve, antes de la hora de la cena, se las arregló para poder observar, desde la mansión, el mayor trozo posible del parque-jardín. Eligió el piso superior como lugar idóneo. Desde allí no era fácil que le pasara desapercibido lo que pudiera, en uno u otro caso, suceder.

No tuvo que esperar mucho.

Pronto vio como Suzanne avanzaba por entre unos árboles, cerca de unos bien arreglados parterres. Pero allí estaba el joven rubio, ciego, y tropezó con ella. O ella con él, según como se mire y considere.

La muchacha acertó a disculparse, era fácil deducirlo por sus gestos, y volvió sobre sus pasos, hacia la puerta de la verja. Pero terminó cambiando de dirección, de nuevo metiéndose entre los sauces llorones, los setos, las acacias, los parterres y todas las clases de plantas y arbustos del parque-jardín.

Pero Suzanne volvió a tropezar, en esta ocasión con el joven pelirrojo, ciego también.

Por lo que la escena anterior se repitió.

Poco después, y de nuevo, había de producirse el mismo hecho, idéntica circunstancia. En esta ocasión Suzanne tropezó con el joven ciego que tenía la cara llena de pecas. Era aquel joven que a la hora del desayuno se mostró sumamente inquieto y desasosegado. Steve Donner se había dado perfecta cuenta de ello.

Esta vez Suzanne continuó al lado del joven ciego con el que acababa de tropezar. Y no sólo eso, le siguió. Instantes después entraban ambos en el invernadero.

Steve esperó a que salieran. Esperó el tiempo que creyó prudencial.

Pero ni un segundo más.

Algo acababa de decirle que Suzanne estaba corriendo un grave riesgo.

CAPITULO V

Steve Donner bajó rápidamente la escalera, cruzando el vestíbulo a grandes zancadas.

Vio a la anciana señora Jacobs en la salita, cerca del entreabierto ventanal, con el violín apoyado en el hombro. Con la mano derecha sujetaba el arco. Y vio también a Alexander Mills, a éste en el despacho, sentado tras la regia mesa del escritorio. A Victoria no la vio...

Steve pasó de largo.

Seguidamente salió al parque-jardín, dirigiéndose hacia el invernadero.

Cuando entró allí y encontró a Suzanne en el suelo, desvanecida, le faltó tiempo para inclinarse sobre ella y levantarla en brazos. Al levantarla a ella alzó asimismo su bolso, que seguía colgado de su hombro.

Steve no se dio cuenta de que unos metros más allá quedaba un cuerpo sin cabeza. No se dio cuenta, tal vez, debido a que todo lo demás, allí, en aquellos momentos, era de total normalidad.

Steve no vaciló, se llevó a la muchacha hacia la mansión. Ante todo era preciso atenderla convenientemente.

Con Suzanne en brazos se dirigió hacia la salita, donde la señora Jacobs, al verle entrar, dejó de tocar el violín y abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Quién es...? —preguntó—. ¿Qué le pasa...?

Steve tendió a la muchacha en el sofá, poniendo un cojín bajo su cabeza. Luego dijo:

—Es una buena amiga mía.

Suzanne no tardó en reaccionar por sí misma, y entonces se llevó la mano a la cabeza repetidas veces, con gesto de dolor.

Steve estaba acercando a sus labios una copa de brandy. No le vendría mal para que se animara un poco.

Mientras tanto Alexander Mills había comparecido, mostrándose, ante la presencia de la muchacha, tanto o más sorprendido que la anciana señora Jacobs.

—¿Quién es...? ¿Qué le pasa...? —preguntó lo mismo.

En esta ocasión Steve Donner había de añadir que la muchacha era reportera y que había acudido a aquella casa, a aquella mansión, con la idea de desentrañar el misterio de esas dos muertes, muertes horribles, acaecidas últimamente.

—Pues si es amiga tuya —dijo Alexander Mills, dirigiéndose a Steve—no es necesario que actué a escondidas. Desde este momento es nuestra invitada, no faltaría más. —Y volviéndose hacia Suzanne—. Pregunte, observe e investigue todo lo que considere

oportuno, y ojalá consiga más que la policía. Sería un verdadero alivio para todos nosotros, se lo aseguro.

Pero a pesar de los esfuerzos de Alexander Mills por mostrarse tranquilo, sereno, lo cierto es que los nervios le iban delatando, comprometiendo.

—Muchas gracias, señor Mills —repuso la muchacha —. Es usted muy amable. Y por favor, perdóneme que haya permitido, sin su consentimiento...

—No se preocupe —intercaló la señora Jacobs—. Nos hacemos cargo.

—Pero, ¿qué le ha sucedido a usted? —preguntó Alexander Mills a la muchacha—. Si se ha desvanecido, debe haber sido por algo...

—Creo que alguien me ha dado un golpe en la cabeza, de pronto la vista se me ha nublado, todo me ha dado vueltas y he caído redonda —dijo Suzanne.

Pero Suzanne ya no era la chica decidida de días antes, de horas antes, y Steve pudo percatarse de ello.

—Eso me ha sucedido junto a las jaulas —siguió diciendo la muchacha —. Estaba con un joven ciego... —e intranquilizándose por lo que pudiera haberle sucedido—. ¿Dónde se encuentra ahora...?

—Cuando he entrado allí, en el invernadero —repuso Steve—no he visto a nadie.

En aquel momento se presentó Victoria. Una más a desconcertarse, aparentemente al menos, ante la presencia de Suzanne.

Pero una más, asimismo, a mostrarse amable y a ofrecer la colaboración que estuviera en su mano.

En aquel instante un grito agudo, estridente, llegó hasta los tímpanos de todos ellos.

Al poco había de presentarse un sujeto pequeño y enjuto. Era el jardinero.

—Una nueva víctima... —jadeó. Y exclamó seguidamente, mientras se tambaleaba como si estuviera borracho—¡Qué espanto! ¡Qué horror!

* * *

El inspector de policía volvió a encontrarse ante los mismos hechos acaecidos ya en dos distintas ocasiones.

Un hombre joven, invitado del señor Mills, era encontrado muerto, con la cabeza arrancada del cuerpo. Su rostro había quedado reflejando un terror enloquecido, transtornado, delirante.

Como las otras veces, el inspector volvió a sentir la misma sensación. Más que morir por la misma muerte en sí, las víctimas parecían haber muerto ejecutadas por su propio terror.

Pero, ¿quién era el asesino...?

Sin duda alguien ajeno a la casa. Alguien que desde el exterior reparaba constantemente en los ocupantes de la mansión, y en sus invitados, y que surgía cuando menos se le esperaba para asestar su golpe mortal.

Pero, ¿quién...?

Tenía que tratarse de alguien dueño de una fuerza desusada, increíble, pues de lo contrario no podría acabar con sus víctimas de la forma que lo hacía.

El inspector, al visitar una vez más el invernadero, se quedó con la mirada fija en el gorila. Entre las rejas de su jaula, el asombroso e inaudito ejemplar de más de dos metros de altura, de más de trescientos kilos, se mostraba fiero y amenazador y proclamaba su fuerza golpeándose el pecho.

—¿Está bien cerrada la jaula...? —preguntó el inspector.

Pero ya había constatado que la cerradura tenía dadas las tres vueltas correspondientes, y que la cadena y el candado, segundo cierre de seguridad, se hallaban asimismo debidamente colocados.

El inspector de policía había pensado que el gorila podía haber sido el asesino de aquellas tres víctimas.

Y Alexander Mills le replicó, pues evidentemente le leyó el pensamiento:

—Si este gorila hubiera salido de su jaula, le aseguro que ni una docena de hombres habrían conseguido reducirle y hacerle entrar de nuevo.

—Lo imagino —asintió el inspector, comprendiendo que su imaginación había ido más allá de lo razonable. Luego reconoció—. En fin, volvemos a encontrarnos en las mismas. Todo esto es un espeluznante desvarío...

Hizo unas cuantas preguntas. No podía dejar de hacerlas después de lo que había sucedido.

Sin embargo, los componentes del servicio no le aclararon nada, ni tampoco los dueños de la casa, y menos aún los dos invitados ciegos. Sólo dos, pues el tercero acababa de morir del modo más espantoso.

De las respuestas, empero, el inspector pudo sacar una cosa en claro, esto es, que en el momento en que el horrible crimen fue cometido, minuto más, minuto menos, los que vivían bajo aquel techo no se hallaban juntos. Cada uno estaba en un sitio distinto.

Steve Donner pensó en inmiscuirse en los interrogatorios, haciendo constar que él, al bajar al piso y cruzar el vestíbulo, había visto en la salita a la anciana señora Jacobs. Y que había visto en el despacho, tras su mesa de escritorio, a Alexander Mills. A quien no había visto era a Victoria...

Pero Steve optó por callar. Haciéndose el tonto tendría más las de

ganar. Estaba convencido de ello porque sabía, desgraciadamente lo sabía, que no debía fiarse en absoluto de las personas que le rodeaban.

En cuanto a Suzanne, cierto que había sido una muchacha decidida y desenvuelta, pero cierto también que en ese sentido había perdido facultades. Ya no era ni mucho menos la chica que se atrevía con todo y que no se asustaba de nada. Desde que el ser horrible, monstruoso había aparecido ante ella...

Pero aún le quedaban arrestos, y Suzanne esperó a que la ambulancia se llevara el cadáver del joven ciego y a que el inspector de policía, asimismo, se marchara. Entonces dijo a Alexander Mills, y a los demás.

—El inspector no sabe de quién sospechar, pero yo sí... Cuando estaba en el invernadero he tomado dos fotografías del asesino... Se trata de un ser deforme, horripilante... No había ya excesiva claridad, pero creo que las fotos habrán quedado bien... —Y Suzanne buscó en el interior de su bolso.

Allí estaba su cámara fotográfica.

Pero apenas la sacó del bolso pudo reparar en que no estaba como ella la había dejado. En conclusión, pronto se dio cuenta de que el rollo fotográfico le había sido sustraído.

—Me lo han quitado... —se lamentó. Estaba lejos de imaginar quién podía haber hecho semejante cosa —. Está vacío... ¡Oh!

Allí se hubiera visto la verdad de aquel ser horrible, monstruoso. Pero el rollo fotográfico había desaparecido y ya no podía demostrar nada, absolutamente nada.

Aún así, Suzanne quiso convencer a los presentes de que un ser terriblemente contrahecho, espeluznantemente deforme y monstruoso, merodeaba por la mansión. Un ser que, ella lo sabía por el joven ciego, tenía una fuerza increíble, desusada, fuera de lo común.

—¿Está segura de lo que nos cuenta? —preguntó Alexander Mills.

Quiso que su voz no vacilara, pero su intento resultó inútil. Quieras que no su voz se hizo sumamente insegura.

No así la de Victoria, que mucho más firme salió en ayuda de su padre y continuó:

—Debe habérselo imaginado.

—No, en absoluto —aseguró Suzanne—. No me he imaginado nada. Ese ser existe.

—Explíquenos mejor como es... —le pidió la anciana señora Jacobs.

Era la única verdaderamente interesada en que Suzanne hablase de lo que había visto.

—Sus ojos desaparecen en unas cuencas profundas y agrietadas —explicó Suzanne, estremeciéndose ante el solo hecho de recordar la

horrible visión—. Su frente se hunde hasta el mismo cráneo... Su nariz se encoge y retuerce de un modo espeluznante... Su boca se agranda tan desaforadamente que puede decirse que le llega hasta las mismas orejas... Sus dientes, sobre todo los incisivos, le salen de entre los labios alargados y puntiagudos... Los pómulos y el cuello los tiene atrozmente hinchados...

—Francamente —opinó la señora Jacobs—es una descripción que corta el aliento.

—Una descripción —añadió Victoria—que no creo que se ajuste a la realidad. ¿Qué clase de ser iba a ser ese...? —Y preguntó seguidamente—. ¿Un hombre...? ¿Una mujer...?

—No lo sé —reconoció Suzanne—sólo le he visto el rostro. Tampoco sé —reflexionó—quién ha podido abrir mi cámara fotográfica y sustraerme el rollo...

—Será mejor —intervino Alexander Mills—que lo dejemos todo en manos del inspector. Sin embargo, usted puede considerarse en su casa —se lo decía a Suzanne—y puede en consecuencia, por su cuenta...

Pero entre una cosa y la otra la muchacha había perdido, sino todo su valor, sí parte de él. Así que respondió.

—De momento voy a tomarme una pausa. Esta última experiencia no me ha gustado nada, ha desbordado mi capacidad de asombro, de horror... Desde luego —puntualizó —acepto su amable invitación, señor Mills.

—Voy a llevarte al hotel, para que recojas tu maleta —repuso seguidamente Steve Donner.

—De acuerdo —dijo Suzanne.

* * *

El coche estaba ya en marcha y Steve Donner prestaba atención al trazado de la carretera. La luz de los focos iba abriéndose paso entre la oscuridad.

—Has dicho —repuso la muchacha—de llevarme al hotel, para que recoja la maleta y... Pero yo he venido sin maleta —le hizo saber.

—Ya lo sé. Pero tú y yo teníamos que hablar a solas y ofreciéndome a acompañarte he facilitado la ocasión.

—Comprendo.

—No del todo —observó Steve—, Me hago cargo de que te haya impresionado excesivamente verte ante ese ser horrendo, y comprendo lo que debes sentir, pero aún así...

—No pienso desertar —aseguró Suzanne—. Aunque reconozco que por unos instantes la idea de dejarlo todo a un lado me ha seducido bastante.

—Para evitar que la idea te seduzca de nuevo —subrayó el joven—

he querido hablarte y aclarar mi postura.

—¿Tu postura? —inquirió ella.

—No debes considerarme amigo de la familia —el perfil de Steve Donner se había endurecido—. Si estoy en esa mansión es porque busco una verdad que ellos encubren.

—¿Qué verdad?

—Una relacionada directamente, muy directamente, con la muerte de esos jóvenes. Y necesito que me ayudes.

—Si puedo, lo haré encantada. Pero debo reconocer una cosa — quiso ser enteramente sincera con él—el peligro ya no me atrae, ya no me subyuga... Después de lo que he visto, se me hace un nudo en la garganta y... Pero, bueno, sigo en la brecha.

—La ayuda que te pido —aclaró Steve—no es excesiva. Me basta con que hagas creer a todos que sigues interesada en desentrañar el misterio de esas muertes... Así —aclaró —mientras el asesino acumula en ti sus temores yo andaré más suelto, más libre, y llegaré al fondo de la cuestión.

—Eh, oye —dijo Suzanne—, hablas como si el asesino fuera uno de ellos... Uno de los de la casa...

—Y lo es —afirmó él.

—En cuyo caso a la muchacha no le había gustado la perspectiva que se le ponía por delante—si yo acumulo los temores del asesino, evidentemente me arriesgo a que... —la lengua se le había pegado al paladar.

—No voy a perderte de vista —le comunicó Steve, esta vez volviendo la vista hacia ella—así que no correrás ningún riesgo. Yo me encargo de que salgas sana y salva.

—Para que las palabras que acabas de pronunciar me tranquilizaran debidamente, tú deberías ser policía. Por lo menos detective privado.

—Pero sólo soy novelista —adujo.

—Y ni siquiera —se lamentó Suzanne—novelista de relatos de misterio y terror.

—Ni siquiera —admitió. Esta vez había de añadir con el tono áspero, endurecido—. Pero a mi padre le mataron y quiero desenmascarar al culpable.

—¿Que mataron a tu padre? —se sorprendió Suzanne—. ¿Quién le mató? ¿Y qué tiene que ver eso con la muerte de los tres jóvenes?

—Te lo explicaré más adelante.

—Has dicho que uno de ellos es el asesino... —detalló la muchacha—. ¡Pero si el asesino es el ser monstruoso que yo vi! Porque lo vi, te lo juro...

—No lo pongo en duda.

—¿Entonces... ? —no terminaba de entender aquello, se estaba

haciendo un lío enorme.

—Hemos quedado en que te lo explicaré más adelante, ¿no?

—En eso has quedado tú, no yo —puntualizó ella.

—Bueno, en seguida estaremos en el hotel...

Y en efecto, poco después se hallaban ya allí.

—¿Cómo sabías que había venido aquí, a este hotel? —preguntó ella—. Yo no te lo he dicho.

—En Madderwers sólo hay un hotel, es éste. Así que no he tenido que pensar mucho.

Suzanne se encontró con la grata sorpresa de que su coche estaba allí, ya debidamente reparado. El mecánico del garaje se lo acababa de llevar. Como sea que la noche antes ella les comunicara su dirección, el asunto no había ofrecido dificultades. Sin embargo, lo que no le gustó tanto fue el precio de la reparación, era excesivamente caro. Pero, bueno, eso era lo de menos. No venía de unas libras más o menos. Bien mirado esas libras acabaría pagándolas el director de su periódico.

—Vamos a ponernos de acuerdo —Steve Donner había hecho que les sirvieran un par de cafés, la noche era fría y no les vendría mal entonarse un poco—. Tú acapararás la atención de los componentes de la familia, pero te limitarás a eso. En realidad debes esforzarte por parecerles inofensiva, incluso un poco tonta si eso es preciso. Me dejarás actuar exclusivamente a mí —añadió —. No quiero que pueda sucederte nada malo, y te sucedería, puedes darlo por seguro, si desoyeras mis consejos.

—Pareces muy seguro de lo que dices.

—Sí —afirmó—por lo que te ruego encarecidamente que me hagas caso. Los riesgos quiero correrlos yo. Te prometo —sonrió Steve— que la primera en saberlo todo serás tú y que las primicias del caso serán para tu periódico. Qué, ¿vale?

La muchacha se había dado cuenta de que Steve Donner era un tipo valiente. La clase de tipo, exactamente, que ella necesitaba a su lado para sentirse relativamente a gusto en la mansión.

—Vale —respondió.

CAPITULO VI

Habían transcurrido unos cuantos días y nada extraordinario, ni bueno ni malo, había sucedido. Todo había vuelto a una discreta calma.

La señora Jacobs salió de su dormitorio. Su dormitorio estaba en la planta baja de la mansión para facilitar un fácil desplazamiento a su sillón de ruedas.

Al pasar frente a la puerta del despacho, puerta que se hallaba entreabierta, la anciana miró hacia allí adentro. Vio a su yerno dialogando con Steve Donner, como venían haciendo últimamente con bastante frecuencia.

Era natural que las conversaciones fueran largas. Si Steve quería saber de las vicisitudes de su padre, de todo lo que había significado su ir de aquí para allá por tierras exóticas, necesitaba hablar de ello con quien había sido su inseparable compañero de viaje y con quien había sido, también, su mejor y más leal amigo.

La señora Jacobs no quiso interrumpirles y pasó de largo ante el despacho. Tras vacilar un poco se dirigió hacia la puerta principal y poco después había salido ya al parque jardín. Pensó que hacía un buen día, de momento al menos, y que le sentaría bien respirar un poco de aire.

Estuvo por allí, entre los parterres, setos, sauces llorones, acacias y demás árboles. Finalmente optó por dirigirse al invernadero.

Muchos de sus paseos terminaban allí, tal vez porque contemplar aquellos ejemplares únicos era algo que, no sólo la distraía, sino que también la impresionaba.

Además, que para llegar al invernadero el camino era liso, completamente liso, no ofrecía dificultades para ella. Le bastaba llevar hasta allí su sillón de ruedas, empujar la puerta acristalada y adentrarse en el recinto.

Así lo hizo, una vez más.

Lo primero que recibió fue el sordo rugido del guepardo, mientras con sus patas altas le vio ir lentamente, felinamente, de un lado al otro de la jaula. Sus ojos brillaban de un modo fulgurante, realmente impresionante.

El pájaro negro, con la punta de las alas blancas y las patas y el curvado pico de color rojo, de un rojo violento, también pareció saludarle. Aunque este saludo, indudablemente, no dio la sensación de querer asustarla tanto.

Fue el enorme gorila, sin embargo, quien apenas la vio entrar se puso a gritar mientras andaba a cuatro patas y mientras a cuatro patas, sin dejar de gritar, se encaramaba por las rejas de su jaula. Luego se puso erguido, empezando a batirse el pecho en gesto

dominante.

En aquel momento la anciana señora Jacobs se dio cuenta de que alguien acababa de entrar allí. Se volvió.

Era Steve Donner.

—Te creía con mi yerno —dijo la señora Jacobs.

—He estado con él hasta hace unos momentos —repuso Steve—, pero la he visto pasar a usted y he pensado que me gustaría hacerle una pregunta.

—Házmela —sonrió la anciana.

—Lamentaría que me interpretara mal...

—No te preocupes.

—¿Qué opina usted de su yerno? ¿Por qué clase de persona, exactamente, le tiene usted?

Quedó claro que no se esperaba esa clase de preguntas. La sonrisa desapareció de sus labios.

—¿A qué viene esto? —inquirió, demostrando que aquello le había caído mal.

—Necesito conocerle... —dijo Steve—. Ayúdeme a conseguirlo, por favor.

—Siempre ha sido muy bueno conmigo —repuso la anciana. Seguidamente había de explicarle—. Cuando conoció a mi hija y quiso casarse con ella, yo di por descontado que en sus vidas no habría lugar para una pobre paralítica. Pero Alexander me aseguró que la casa de ellos serla la mía y que nunca tendría que separarme de mi hija. Y en efecto —afirmó—cumplió su palabra.

Steve Donner no dijo nada, pues vio que la señora Jacobs estaba dispuesta a seguir hablando.

—Cuando mi hija enfermó, y murió poco después, yo pensé que otra mujer ocuparía su puesto y que mi vida aquí, en esta mansión, habría concluido. Pero Alexander no quiso volver a casarse, asegurándome que le bastaba con vivir para la hija que habían tenido.

—Comprendo —intercaló Steve.

—Y aquí sigo —concluyó la señora Jacobs—teniendo que agradecer mucho a mi yerno. Teniendo que agradecerle tanto, que... que..., —pero se detuvo.

—Dígame, señora Jacobs —Steve deseó que prosiguiera, que no dejara de decir lo que ya había dicho a medias.

—Y aquí sigo, teniendo que agradecerle tanto —repitió —que aunque le supiera culpable del más terrible, atroz y horrendo de los crímenes, le encubriría...

Había habido una firmeza increíble en la voz de la anciana, y Steve Dinner se convenció de que aquél no era el mejor modo de querer conocer a Alexander Mills. Podía dar por seguro que contra la gratitud que sentía aquella mujer se estrellarían todas sus tentativas.

Ahora bien, había quedado en el aire un interrogante. O quizá varios. ¿Desconfiaba la anciana ya de algo...? ¿O se había expresado casualmente de aquel modo...?

Steve no podía saberlo. Aún era pronto para haber llegado a definiciones concluyentes. Pero todo se andaría.

—Discúlpeme, señora Jacobs —empezó a decir—. Le aseguro que no he pretendido...

La anciana le interrumpió:

—¿Por qué me has preguntado eso, Steve? ¿Por qué...? ¿Por qué...? —y hubo cierta angustia, y quizá más que eso, en su reiterada pregunta.

—En la novela que voy a escribir de mi padre, debo hablar de su mejor amigo... Y para hablar de él debo conocerle bien, a fondo. Esto es todo.

—¿De veras «esto es todo»? —inquirió la anciana.

—Claro —quiso quitar importancia a lo dicho.

La señora Jacobs respiró más hondo, más aliviada. La sonrisa volvió a sus labios.

Al poco hablaban de otros temas.

—¿Qué te parece el gorila, Steve? —había de preguntarle la anciana paralitica—. Fíjate... —le hizo notar—ahora se ríe, descubriéndonos los dientes superiores.

—No entiendo mucho de gorilas —repuso Steve—, pero según tengo entendido enseñar así los dientes equivale a un signo inequívoco de amenaza.

—Es posible —admitió—. Desde luego, yo no estaría aquí a no ser porque le veo bien enjaulado. Y otro tanto te digo del guepardo. Si pudiera, se lee en sus hermoso y fascinantes ojos verdes, nos desgarraría en un par de minutos, quizá en menos... Incluso no me fiaría nada del pajarraco ese... Tiene cara de malo, ¿no crees? —bromeó.

—De bueno no, esto por descontado —convino Steve Donner bromeando a su vez.

* * *

Alexander Mills estaba en el despacho, tras la mesa del escritorio. No encontraba ánimos para levantarse y pensaba en lo envejecido que se había visto aquella mañana a la hora de afeitarse.

Aparentaba muchos más años de los que tenía. No, no podía extrañarle que así fuera. Estaba lleno de remordimientos. Terribles remordimientos por haber matado a su mejor amigo, e indecible dolor por ver a Victoria presa de una enfermedad tan extraña, insólita y diabólica como aquella que había contraído...

Dejó sus pensamientos.

Steve Donner acababa de entrar de nuevo en el despacho.

—Señor Mills...

—Dime, muchacho —y se enderezó en su asiento, no era cosa que el joven reparara en su abatimiento.

—Hay algo que no termino de entender... —le comunicó Steve.

—¿Referente a lo que te he contado de los viajes de tu padre? —preguntó.

—No se trata de eso —dijo Steve—sino de esos jóvenes ciegos que usted tiene en su casa como invitados.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Que los dos sean ciegos... —y remachó—. Antes eran tres, y los tres ciegos...

—Te lo explicaré —repuso Alexander Mills, pero visiblemente desconcertado ante lo directo de la pregunta —. Más que nada es una obra de caridad.

—¿Quiere que le diga una cosa, señor Mills? —consideró llegado el momento de empezar a poner las cartas sobre la mesa —. Existe otro motivo, el verdadero, y usted me lo está encubriendo...

—Te aseguro que no —repuso Alexander Mills—. ¿Por qué iba yo a hacer eso?

—Tal vez porque ese motivo —subrayó Steve—tiene algo que ver con mi padre.

—¿Con tu padre?

—Con su muerte... —aclaró, taladrándole con la mirada.

Alexander Mills quedó lívido.

—No te comprendo, Steve —dijo instantes después, tras haber carraspeado—. ¿Qué puede tener que ver un hecho con el otro?

—Soy yo quien se lo estoy preguntando a usted...

Pero no siguieron hablando. Se presentó Victoria, y ésta, deduciendo por la intensa palidez de su padre que aquella conversación había llegado a un punto álgido, se colgó del brazo de Steve y le propuso, sonriendo.

—¿Vamos a dar un paseo?

—Encantado.

Salieron juntos del despacho y Alexander Mills recuperó el resuello. No obstante, siguió sumamente inquieto y desasosegado, pues volvía a tener la dolorosa y lacerante sensación de que Steve sabía lo que verdaderamente le había sucedido a su padre.

Pero, ¿cómo iba a saberlo... ?

Cierto que últimamente había viajado, visitando el mismo poblado indígena cerca del cual su padre dejó de existir, pero lo sucedido allí era un secreto, un secreto celosamente guardado por su hija y por él. Nadie más sabía nada. No, Steve tampoco podía saber nada.

Tenía que conservar la calma, no debía traicionarse. El joven

estarla unos días con ellos y luego se iría.

Sin embargo, Steve parecía sospechar también del hecho de que sus invitados fueran ciegos. ¿Pero qué podía en realidad sospechar...? Nada. No podía sospechar nada.

Lo dicho, tenía que conservar la calma, no debía traicionarse. Todo se solucionaría bien.

Se quedó en el despacho, pero se acercó a la ventana para desde allí ver pasear a la pareja. Recordó que años atrás había soñado con que su hija se casara con Steve. Ya no esperaba eso, hubiera sido esperar demasiado. No obstante, quería ver feliz a su hija. Necesitaba verla feliz antes de que su horrible enfermedad acabara con ella.

No supo exactamente cuánto tiempo estuvo allí, junto a los cristales de la ventana, pero de pronto se dio cuenta de que se había hecho de noche. Tan de noche que el parque- jardín había sido ya tragado, engullido, por las sombrías sombras de la noche. Y por la espesa niebla, que por el suelo se arrastraba como si se tratara de descosidos y desgarrados tules.

En aquel momento oyó tras él la voz de su hija.

—¿De qué estabais hablando? Te he encontrado lívido...

Victoria había cerrado la puerta al entrar.

—Steve parece sospechar... —empezó a decir Alexander Mills, y habló de forma entrecortada.

—¿De qué parece sospechar? —inquirió Victoria.

—No hace falta que te lo diga, ya sabes a lo que me refiero. Además, también parece recelar de que estén aquí esos muchachos ciegos... Y asocia un hecho con el otro...

—No puede haber deducido nada —repuso ella—. Es imposible, totalmente imposible.

—Quiero creerlo así.

—¿Acaso lo dudas?

—Sí —reconoció. Al poco había de agregar—. Al principio temía más a la muchacha, a Suzanne. Sabiendo que era reportera y que había venido en plan de investigar... Pero ella no pasa de ser entrometida, por lo que de peligrosa no tiene nada. Todo lo contrario de lo que sucede con Steve, que parecía ingenuo e inofensivo y no es ninguna de ambas cosas.

—En eso confío.

—En cuanto al joven rubio, todo va bien entre nosotros... —le comunicó Victoria seguidamente—. Antes de la hora de la cena estamos citados en el invernadero.

—Por la mañana he estado hablándole —le puso al corriente— diciéndole que tú sientes mucha simpatía por él y que a mí no me desagradarla en absoluto...

—Sé que haces por mí lo humanamente posible. Gracias, padre.

CAPITULO VII

Victoria había encendido la luz del invernadero, dándose cuenta, entonces, de que el joven ya estaba allí, esperándola.

Al oír sus pisadas volvió hacia ella su animada expresión. Preguntó:

—¿Eres tú, Victoria...?

—Sí, soy yo —respondió ella.

Se acercó al joven rubio, ciego, que carecía de padres y de familia, y cuya situación económica, por lo demás, no tenía nada de buena.

Se hallaba en las mismas circunstancias que el otro joven ciego, el que había muerto, el que tenía la cara llena de pecas. Las mismas circunstancias que acompañaban al joven pelirrojo, también ciego, el que hacía el número tres de los invitados por Alexander Mills.

—Temía que no vinieras —repuso el joven rubio, y emocionado adelantó las manos.

—¿Por qué no iba a venir? —preguntó ella y puso sus manos entre las de él.

—Eso me parece un ensueño... —musitó el joven rubio.

Como queriendo advertirle que de ese ensueño no debía fiarse, sino temer, recelar, el guepardo lanzó un estremecedor rugido y el pájaro un siniestro graznido. El gorila por su parte emitió un sobrecogedor chillido.

Pero el joven rubio no se dio por aludido. ¿Cómo iba a tener, a recelar, si todo se le antojaba en aquellos momentos de color de rosa? Cierto que no tenía vista, que estaba ciego, pero la vida había empezado a sonreírle. Buena prueba de ello era que Victoria estuviera ahora allí, a su lado.

—Casi no puedo creerlo... —murmuró.

—Pues créelo —dijo ella.

—Tu padre me ha hablado esta mañana, asegurándome que...

—Que yo siento mucha simpatía por ti y que a él no le desagradarla en absoluto que te casaras conmigo. Eso es lo que te ha dicho, ¿verdad?

—Sí, eso.

—Pues es cierto —aseguró Victoria.

—Pero tú, tú... —dijo el joven—podrías encontrar un partido mucho mejor que yo, eres joven y muy rica... —y dándose cuenta de que ella presionaba cálidamente sus manos—. ¡Oh, qué afortunado me siento!

—Yo también, ahora, me siento afortunada... —repuso la muchacha.

—Nos casaremos y te haré feliz. Lamento no poder ofrecerte nada más que la lealtad de mis sentimientos...

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —exclamó Victoria de súbito, y la voz le

salió crispada, mordiente, parecía un látigo que fustigara.

El joven rubio, ciego, no soltó sus manos. Hacerlo hubiera significado para él, quizá, comprender que su ensueño había dado fin. Y él se aferraba con ahínco, con frenesí, a esa felicidad que de pronto, generosamente, se le había puesto por delante. Por lo menos él aún lo suponía así.

Pero se había hecho unas ilusiones tan tontas, tan ridículas, tan realmente absurdas, que hubiera sido para echarse a reír, a reír a mandíbula batiente, a no ser porque aquello iba a acabar trágicamente.

—¡Suéltame las manos! —y su voz seguía crispada y mordiente, pareciendo un látigo que fustigara —. Me duelen... Me duelen horriblemente... Y el dolor me sube ya por los brazos, me llega ya al cuello y se me mete en la cabeza...

—¿Qué dices? —el joven rubio se sentía desconcertado—. ¿Qué dices...?

—¡La cabeza parece que vaya a estallarme! —exclamó, y Victoria empezó a dejar oír gemidos de espantoso y atroz sufrimiento—. ¡Suéltame! ¡Suéltame de una vez!

El joven rubio dejó de presionar las manos de Victoria, pero viendo que ella sufría, y no comprendiendo lo que le pasaba, las dirigió hacia su cara, hacia su rostro. Quería acariciarla, confortarla.

—Tranquilízate, por favor... Y dime lo que te pasa... Dímelo... No lo sé, soy ciego y no te veo... Y no acierto a imaginar...

Victoria quiso rechazarle, apartarle de sí, pero era tanto el dolor que sentía que de momento no acertó a hacerlo.

Esa demora bastó y sobró para que las manos del ciego, intentando acariciar su rostro, se dieran cuenta de lo que sucedía...

|Algo horrendo, espantoso, espeluznante!

Los ojos de la muchacha desaparecían en unas cuencas profundas y agrietadas... Su frente se hundía hasta el mismo cráneo... Su nariz se encogía y retorcía de un modo escalofriante... Su boca se agrandaba tan desaforadamente que puede decirse que le llegaba hasta las mismas orejas... Los dientes, sobre todo los incisivos, salían de entre sus labios alargados y puntiagudos... Los pómulos y el cuello estaban atrozmente hinchados...

—Pero... , pero... —balbuceó el joven ciego.

—Soy yo, sí... ¡Soy yo el ser monstruoso que habita en esta casa! —exclamó Victoria, ya no importándole confesarlo.

—Pero..., pero... —el joven ciego no sabía decir otra cosa.

—Me dan ataques —dijo Victoria, ahora con la voz angustiosa y desgarrada —. Me dan cuando menos lo espero... Por eso, quien se halla ante mí, en seguida se da cuenta de lo que me sucede... Mi padre te invitó a ti y a los otros dos, por ser ciegos... Si no teníais

vista, no veríais mi mutación... Y si ignorabais mi desgracia, no os disgustaría casaros conmigo... Mi padre quiere verme feliz, esto ante todo, cueste lo que cueste... Pero me has tocado el rostro con tus manos, has averiguado la verdad y...

El joven rubio se había puesto a temblar. A temblar de un modo violento y convulsivo. Ultimamente habían muerto en la mansión tres jóvenes, y comprendió, en aquel momento, que el cuarto iba a ser él. Algo extraño y siniestro palpitaba allí, en su entorno, y se lo estaba diciendo...

—He averiguado la verdad, es cierto —el miedo se había apoderado de él y tenía la respiración entrecortada, tanto que apenas podía hablar—, Pero no te preocupes, no se lo diré a nadie.

—¡Qué horrible dolor siento! —gimió Victoria—. ¡Qué horrible y espantoso dolor!

Al joven ciego le pareció que Victoria, jadeante y entre gemidos, retrocedía unos pasos. Y luego otros tantos, siempre dirigiéndose hacia una de las puertas de salida.

El aire entró mejor en sus pulmones y el miedo, en cierto modo, le abandonó. Si Victoria se alejaba, eso equivalía a que el peligro había pasado.

Pero de súbito se quedó tenso, peor que paralizado. Y el miedo, el terror, volvieron a dominarle.

Los pasos se estaban acercando de nuevo. Pasos fuertes, pesados, que evidenciaban el hecho, ya dicho y comentado por Suzanne, de que ese ser monstruoso tenía una fuerza fuera de lo común.

Los pasos ya estaban allí, junto a él.

Sintió el aliento del ser monstruoso quemándole el rostro.

Notó como era cogido brutalmente...

¡Le dieron tentaciones de aullar, de vociferar como alma torturada por el fuego del mismísimo averno!

Lo mismo habían experimentado las otras víctimas. Exactamente lo mismo.

—No, no... —musitó sin voz.

El asesino no respondió.

—Por favor, Victoria... —suplicó, mientras su cuerpo sufría convulsas sacudidas—. No, no...

No hubo respuesta.

—Piedad... —y no solo temblaba su voz, sino también su cuerpo, con sus vértebras y sus huesos, y su sangre, e incluso también con su alma.

Estaba enloquecido de miedo, de terror. Tan enloquecido de terror y de miedo que de durar mucho aquello hubiera acabado volviéndose loco.

Lo mismo habían experimentado las otras tres víctimas. Exactamente lo mismo.

El final también iba a ser idéntico. ¡Qué horrenda y espeluznante repetición!

Una fuerza demoledora le cogió por la cabeza y otra fuerza, asimismo demoledora, le cogió por el cuello. Y las dos fuerzas, conjugándose sobrecogedoramente, llenas de violencia y arrebato, se lanzaron siniestramente a su misión.

Instantes después, la cabeza del joven rubio, ciego, había girado sobre su propio cuello. Una vez, dos, tres...

Acabó con la cabeza separada del cuerpo.

* * *

Steve Donner se hallaba tomando un whisky, junto a Suzanne, cuando, de un modo totalmente inesperado, dejó el vaso sobre el mueble bar y exclamó:

—Debe haber sucedido algo... ¡Tengo que averiguar qué es!

—¿Adónde vas? —preguntó la muchacha desconcertada, pues no se esperaba aquella reacción.

—Al invernadero —dijo él.

—Te acompaño —contestó ella, pero desde luego sin entender nada.

Antes de que cruzaran el vestíbulo, les llegó, desde el despacho, la voz de Alexander Mills.

—La cena estará servida dentro de un par de minutos.

Por lo visto quiso que se detuvieran, que no salieran. Quiso que se quedaran.

Pero Steve no iba a admitir que le pusieran cortapisas. Tenía que averiguar si había sucedido algo.

Ya en el parque-jardín, Steve se dirigió directamente hacia el invernadero, mientras

Suzanne le seguía sin pedirle que le aclarara nada. Ya se lo aclararla en otro momento.

Pero se detuvieron.

Primero Steve. Luego Suzanne.

—¿Qué pasa...? —preguntó ella.

—Hay alguien tras ese sauce —aseguró él.

Fueron hacia allí, entre las sombras y la niebla. Fueron hacia allí haciendo, indudablemente, un alarde de decisión y de arrojo. El ambiente no estaba para dar ánimos a nadie.

Ya antes de llegar oyeron perfectamente un contenido y desgarrador llanto.

Pero, ¿quién lloraba?

En seguida lo supieron.

La anciana señora Jacobs estaba allí. Con las manos se ocultaba el rostro. Los sollozos sacudían sus hombros. La felpuda manta, como siempre, la cubría de la cintura hasta los pies.

—¿Qué le sucede? —Steve se inclinó solícitamente hacia ella.

—No, nada, nada... —aseguró, pero con un tono que desmentía por completo su aseveración.

—Se lo ruego —dijo Steve—, sincérese conmigo. Hágalo sin temor.

—¡No puedo! —exclamó angustiosamente—. ¡Le aseguro que no puedo!

En aquel momento se les acercó el jardinero, aquel sujeto pequeño y enjuto por lo visto servía para su oficio, pues el parque-jardín estaba perfectamente cuidado.

—Señora —dijo—el señor me envía, es ya la hora de la cena. Le están esperando.

—Ya voy, ya voy... —contestó, tras secarse las lágrimas que se desprendían de sus ojos.

Unas lágrimas que surcaban su arrugado rostro y le conferían una expresión patética.

—Señora —insistió Steve —dígame lo que le pasa. Yo la ayudaré.

—En otro momento —repuso finalmente la paralítica, y lo cierto es que aún sollozaba.

—De acuerdo —aceptó Steve Donner—, hablaremos en otro momento. Ahora discúlpeme...

Siguió hacia el invernadero, a largos pasos. No podía olvidar que había salido con la idea de ver si allí había sucedido algo anormal.

Suzanne le siguió, cogiéndose de su brazo. Había dejado de ser la chica valerosa que era antes. Y una vez más, desde que estaba en la mansión, esto quedaba claro. Ella por lo visto se hallaba preparada para otros casos, no para vérselas con seres monstruosos como aquel que había desbordado su capacidad de horror. Pero, bueno, con Steve Donner a su lado aún podía cubrir las apariencias y seguir pareciendo la reportera a la que el director de su periódico le tenía prometido un aumento de sueldo.

Al entrar en el invernadero le dieron al interruptor de la luz, pues todo aquello estaba a oscuras.

Ya la luz encendida, un grito no tardó en salir de los labios de Suzanne. ¡Lo que acababa de ver no era para menos!

Allí estaba el cuerpo sin cabeza del joven rubio, ciego. Un metro más allá se hallaba su cabeza, con el pavor reflejado en su rostro donde los ojos sin vista habían quedado totalmente abiertos.

Entre el cuerpo y la cabeza había un reguero de sangre. Sangre roja, viscosa, que empezaba a adquirir un tono oscuro.

Todo lo demás estaba en orden.

Allí no había nadie.

Pero habían existido testigos.

Desde el interior de las jaulas.

De ello, quizá, que el guepardo constatara su presencia con un rugido, y que el pájaro lo hiciera emitiendo un fuerte graznido, y que el gorila por su parte se hiciera notar con un estridente chillido.

Ellos sí habían visto quién era el asesino.

CAPITULO VIII

El inspector de policía volvió a encontrarse ante una nueva víctima. La misma clase de muerte. Todo igual.

Volvió a interrogar a cuantos vivían en la mansión, pero una vez más se quedó sin saber qué pensar y sin saber, en consecuencia, de quién y por qué sospechar.

Pero estaba convencido, eso sí, de que el asesino era alguien ajeno a aquella familia, alguien que llegaba del exterior. Y por eso sus interrogatorios se dirigieron, más que nada, a saber si habían reparado en la presencia de alguna persona extraña por los alrededores de la mansión, o acercándose y oteando a través de la verja del parque-jardín.

A quien más larga y concienzudamente interrogó fue al jardinero.

—No, no he visto a nadie —contestó el hombre pequeño u enjuto —. Puede estar convencido de ello, inspector.

—¿Y otros días...? ¿Vio a alguien otros días...? ¿Quizá a algún vecino?

—No, a nadie, inspector —aseguró el jardinero.

—¿Está seguro? —era su única sospecha y el inspector de policía se negaba a prescindir de ella.

—Totalmente seguro, inspector.

Cuando a las tantas de la madrugada se retiró el inspector de policía, antes se había ido la ambulancia con el nuevo cadáver, ellos decidieron acostarse. Necesitaban reposar un poco. Todos daban muestras de estar cansados, más bien agotados.

Pero Steve Donner optó por no imitarles.

—Voy a coger el coche —les informó—. Daré una vuelta, debo aclarar mis ideas. Ya que el inspector no parece tenerlas muy claras, debo tenerlas yo.

Suzanne quiso acompañarle.

—Es mejor que te quedes y descanses —le contestó Steve. Y dirigiéndose a los demás—No tardaré en volver.

—¿Adónde vas...? —quiso saber Victoria.

Había comparecido ante todos ellos, después de la muerte del joven rubio, más pálida y ojerosa que nunca. Tanto, que su mal aspecto no pudo pasar desapercibido a nadie.

Bueno, sólo pasó desapercibido al joven ciego, pelirrojo, quien, no obstante carecer de visión, se estaba dando cuenta de que el peligro se mascaba a su alrededor. Un peligro de muerte. Más botones de muestra evidentemente no hacían falta.

Al joven pelirrojo le dieron tentaciones de pedir a Steve Donner que le sacara de aquella casa. Pero vaciló y pensó que no vendría de unas horas, que sería preferible, pues, que esperara al día siguiente.

—Cuando regrese te diré adónde he ido, Victoria —respondió Steve, evasivo.

La anciana señora Jacobs, con su felpuda manta siempre abrigándola de la cintura hasta los pies, se esforzaba por no mirar demasiado directamente a Victoria. Era como si temiera traicionarla.

Alexander Mills por su parte había estado fumando un cigarrillo tras otro.

—Vete a dar ese paseo, muchacho —dijo a Steve.

Cuando Steve Donner regresó a la mansión era ya un nuevo día.

Llegó con un paquete, no demasiado grande, pero que parecía algo pesado. Se lo llevó directamente a su habitación.

Luego bajó las escaleras y se dirigió al comedor. Como le había abierto el mayordomo, quizá aún no supieran que había llegado.

En el comedor se encontró con Victoria, que estaba desayunando. Por lo menos estaba intentando hacerlo. El café con leche seguía en la taza, no parecía pasarle.

Al oírle entrar levantó prestamente la mirada, tal vez esperando que Steve le dijera de donde venía. Lo cierto es que deseaba saberlo.

—Hola —se limitó a decirle Steve.

—¿Ya de regreso?

—Sí, ya ves —se limitó a esto.

—¿Quieres desayunar?

—No, gracias. Ya he tomado algo por ahí.

—Te has pasado la noche sin dormir... —y su mirada hubiera querido tener el poder de taladrar sus pensamientos.

—No tiene importancia. Y ahora te dejo, disculpa...

Salió del comedor. Buscaba a la anciana señora Jacobs.

¿Acaso no le había dicho, cuando la encontró llorando en el parque-jardín, que en otro momento hablaría? Evidentemente había llegado el momento de que lo hiciera.

La encontró sola, en el salón. En esa estancia que tenía los cortinajes de terciopelo color granate, con flecos dorados. Como también eran doradas las figurillas que había sobre la repisa de la chimenea. Una chimenea de mármol blanco y negro.

A esa estancia no tenía costumbre de ir la señora Jacobs, lo que venía a indicar, posiblemente, que no deseaba ser hallada.

Pero Steve había dado fácilmente con ella.

—Por favor, no... —la anciana señora hizo un gesto de protesta, de rechazo.

—Creía que deseaba hablar conmigo.

—No, no... —movió negativamente la cabeza, con gesto más obstinado que otra cosa.

—¿Por qué no? —y Steve añadió—. Estoy convencido de que usted sabe algo importante, primordial, y de que podría, si quisiera...

—No puedo, de veras que no —la señora Jacobs apenas soportaba la carga de su profundo desaliento, de su inmensa consternación.

—Ayer noche, cuando le encontré llorando, me dijo que en otro momento... —se lo recordó.

—Pero he estado reflexionando —repuso—y he llegado a la conclusión de que no debo...

A pesar de sus palabras, parecía sentir la tentación de hablar, de sincerarse.

Steve se dio cuenta de ello.

—¿Cree, acaso, que callando irá todo mejor?

Esta simple pregunta fue suficiente para que el vaso se desbordara. La anciana paralítica ya no se vio capaz de seguir soportando su propio silencio.

—Tengo miedo a lo que me pueda suceder si hablo —reconoció—. Además, te lo dije el otro día, yo estoy sumamente agradecida a mi yerno... En consecuencia, hablar, decir lo que sé, sería un enorme contrasentido...

—Han habido ya cuatro muertes. Cuatro muertes horribles... Si nadie lo remedia, serán más... Usted también está convencida de ello.

—Sí —asintió.

—¿Entonces...? —la apremió.

—Tienes razón —dijo finalmente la señora Jacobs—debo decir todo lo que sé. Y puesto a decirlo, ¿a quién mejor que a ti...? Pero aquí no es sitio adecuado, podrían oímos. Será mejor que tomemos ciertas precauciones.

—Las que usted considere oportunas.

—Esta noche, a eso de las doce; te espero... —empezó a decir.

—¿Dónde?

—En el invernadero. En ese lugar a nadie se les ocurrirá buscarnos. ¿Te parece bien, Steve?

—Allí me tendrá, señora.

—Y ahora, te lo ruego, sal de aquí —todo daba a entender que había miedo, mucho miedo, dentro de ella—. No vayan a vernos y a sospechar de mí. En tal caso, creo que mi vida valdría ya muy poco. Soy ya vieja —añadió—pero la verdad es que quiero seguir viviendo. Anda, vete ya.

Steve no se lo hizo repetir. Abandonó el salón.

Ya fuera, miró a su alrededor. No, nadie le había visto ni entrar ni salir de allí. Por su culpa no le pasaría nada a la anciana paralítica.

Steve Donner se adentró en el despacho. Tras la mesa de escritorio se hallaba Alexander Mills.

—¿Podemos conversar un poco? —preguntó.

—¿De qué? ¿De tú padre... ? —Y sin poder controlar su propia

inquietud, su propio desazón—. Deseas que te hable de los pormenores de su muerte, ¿no es eso? Como se estrelló el jeep, como...

—De eso hablaremos en otra ocasión, en otro momento —dijo Steve—, Ahora preferiría que me contara algo distinto.

—Estoy a tu disposición, muchacho.

—Dígame todo lo que sepa de sus dos primeros invitados.

—¿De quién... ? —era como si no le hubiera comprendido.

—De las dos primeras víctimas —puntualizó.

—¡Ah!, —se limitó a esta exclamación.

—Si hemos de llegar a alguna conclusión lógica —dijo Steve—la mejor manera es empezar por el principio, ¿no cree usted?

—Sí, claro...

—Hábleme de ellos. Quienes eran, donde vivían, que situación económica era la suya. Todo eso puede ayudarnos a deducir... A propósito —argumentó—esos dos jóvenes, los primeros, no eran ciegos, ¿verdad?

—No, no...

—Me lo imaginaba. Bueno, señor Mills, prosiga... —y quedó a la espera de lo que pudiera contarle.

Eran dos jóvenes solteros de buena familia, que habían llevado una vida excesivamente caprichosa y se habían visto abocados a la ruina. Aún se mantenían en su mundo privilegiado, pero las deudas les estaban acorralando.

Ambos parecían sentimentalmente interesados por Victoria, eso era de dominio público, aunque resultaba difícil saber lo que les atraía verdaderamente de la muchacha. Posiblemente se trataba de su dinero.

Aún así, Alexander Mills les invitó a su mansión. Primero al uno. Luego al otro. Quiso ver si terminaban de simpatizar con su hija y si llegaban a un compromiso matrimonial. A pesar de que ni uno ni el otro habían llevado una vida muy edificante, la idea de que Victoria se casara con uno de ellos no terminaba de desagradarle.

Pero tras permanecer en la mansión un par de semanas cada uno de ellos, los dos jóvenes habían muerto de aquella forma tan horrible. No había explicación a lo sucedido.

—¿Usted cree, ciertamente, que no hay explicación? —inquirió Steve Donner.

Alexander Mills, nervioso, temblándole el pulso, encendió un cigarrillo.

—A mí me parece —dijo Steve, seguidamente—que todo eso, por el contrario, es muy sencillo de explicar.

—¿Sí...? —Alexander Mills no conseguía controlarse.

—Soy de la opinión —repuso Steve—que ambos jóvenes murieron

porque vieron algo que no debían ver... La prueba —observó—que usted se asegurara de que sus nuevos invitados no iban a ver nada. De ello, pues, que los eligiera ciegos...

—¿Qué quieres decir? —Alexander Mills aplastó el cigarrillo en el cenicero, partiéndolo en dos—. Parece querer culparme de... ¿De qué exactamente, Steve?

—De algo grave. Porque algo grave sucede en esta mansión y usted trata de ocultármelo.

—No, no... —tartamudeó.

Pero había agotado toda su entereza, toda su serenidad, y también su capacidad de fingimiento, y ya no pudo más. Se desfondó.

Steve Donner se dio cuenta de ello y comprendió que, minuto antes o después, la verdad saldría a flote.

—Sincérese conmigo, señor Mills.

—La historia empieza lejos de aquí —musitó, y se apoyaba en la mesa, ni fuerzas tenía para permanecer erguido—. Lejos de aquí...

—Lo sé —dijo Steve—. La historia empieza en medio de la selva, cerca de un poblado indígena, cierto día que un jeep se estrelló...

—¿Cómo lo sabes? —había dado un respingo, pero volvió a desplomarse sobre la mesa.

—Estuve allí, en aquel mismo poblado, no hace mucho —le recordó Steve—. Hablé con el practicante que certificó la muerte de mi padre.

—Pero ese hombre no pudo decirte nada, ¡nada! —dejó de gritar porque la voz no le salió.

Pero en la garganta le quedó el quejumbroso grito.

—Me dijo lo suficiente para que yo sospechara la verdad —sentenció Steve.

—¿Qué te dijo...? ¿Qué te dijo...? —la angustia se había apoderado de él y un malestar frío y sudoroso cubrió su epidermis.

—Me dijo que mi padre tenía una pequeña señal en el brazo, como la que deja una aguja hipodérmica... Me dijo

—siguió diciendo Steve Donner—que el corte de la muñeca no parecía producido por un cristal...

Alexander Mills tuvo que secarse las gotas de sudor que perlaban su frente.

—Como sea que mi padre murió desangrado —prosiguió Steve—y como sea que su hija se salvara a pesar de haber sufrido un profundo corte en el cuello...

Alexander Mills estalló en sollozos.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó al borde de la desesperación—. Yo maté a tu padre. Pero lo hice por salvar a mi hija... No, no puedes comprenderme, Steve. Es natural, aquel hombre era tu padre. Tienes sobrados motivos para odiarme.

—A mi padre no le hubiera gustado que yo odiara a su mejor amigo —dijo Steve, templado el tono, contenido el acento—. Así que ahora sólo busco saber la verdad.

Alexander Mills se lo refirió todo. El actuó de aquel modo para evitar que Victoria se desangrara, pero confiaba en que el camión llegara a tiempo y en que fuera posible salvar a los dos. Pero el camión llegó tarde. Su padre había muerto ya.

—|Desde entonces, créeme, Steve, los remordimientos no me dejan vivir! |Los remordimientos me están destrozando implacablemente!

—Le creo, señor Mills —aseguró Steve—. Ha envejecido usted mucho. No se envejece tanto sin que a nosotros mismos nos reprochemos algo muy grave. De todos modos —agregó el joven—si es como usted me asegura, si los remordimientos le tienen atenazado, ¿por qué no hace frente, de una vez, a lo inevitable...?

La verdad, toda la verdad iba a salir a flote. Steve no se había engañado.

—Te refieres a que encubro a mi hija, ¿verdad? —preguntó Alexander Mills.

—Sí —fue la breve y contundente respuesta.

—Delatarla seria condenarla a morir en la horca, ¿no lo comprendes? ¡Y es mi hija! Pero sí, sí... —razonó acto seguido—yo no debería consentir que siguiera matando a sus admiradores. Los dos primeros la sorprendieron en pleno ataque... Porque le dan unos ataques terribles, ¿sabes, Steve?, y entonces sufre una espeluznante y pavorosa mutación... La sorprendieron en pleno ataque —repitió—y llenos de horror, de espanto, ya no quisieron casarse con ella... Fue entonces cuando, primero el uno y tiempo después el otro, fueron encontrados sin vida, con la cabeza separada del cuerpo... Victoria no me ha dicho que abusando de la fuerza desusada que le confiere esa mutación hubiera acabado despiadadamente con ellos, pero sí me confesó que ambos la habían visto convertirse en ese ser monstruoso... Debido a ello se me ocurrió invitar a esos tres muchachos ciegos. Si eran ciegos, aunque ella sufriera el ataque ante sus propios ojos, no se darían cuenta de lo que sucedía. Tienes razón, Steve, elegí a esos muchachos ciegos para que no vieran lo que los otros habían visto...

—Pero a juzgar por la suerte que dos de ellos han corrido ya, resulta inevitable suponer que de algo debieron enterarse.

—Supongo que sí —dijo Alexander Mills.

—Usted no debe consentir que siga este estado de cosas. Debe hablar con su hija y hacerla comprender que más que una asesina es una enferma. De presentarse a la policía, no le esperaría la horca como usted ha dicho, sino un trato distinto, pues evidentemente...

—Yo deseaba la felicidad para mi hija. ¿Cuánto tiempo puede quedarle? No mucho, estoy seguro. Cada día está más pálida, más ojerosa.

—El precio de su felicidad —sentenció Steve, con firmeza—no puede ser tan alto.

* * *

Victoria apareció de pronto, adelantándose hacia ellos. Sus ojos se hallaban llenos de lágrimas.

Llegó hasta su padre, que penosamente se había puesto en pie, y se abrazó desesperadamente a él.

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó—. Os he oído... Os he oído... Estaba tras la puerta, escuchando...

—Perdóname, Victoria —suplicó Alexander Mills—, pero no he podido callar por más tiempo. Ha sido horrible traicionar a la propia hija, créeme... Pero esta situación no podía seguir... Hazte cargo, te lo ruego... Además, que Steve dice que los jueces serán benévolos contigo...

—¡Padre! —exclamó de nuevo, y seguía abrazándole desesperadamente—, ¿Cómo has podido pensar que yo haya matado a esos jóvenes... ¡Yo no he sido! ¡No! ¡Te lo juro!

Hubo tal tono de desesperada y angustiosa sinceridad en su protesta, que Alexander Mills quedó anonadado, estupefacto.

Apartó a su hija y la miró a los ojos, rectamente. Quería leer en ellos. Quería asegurarse de que no le había mentido.

Ya no pudieron caberle dudas. ¡Era inocente! Pero, entonces, ¿quién era el asesino...?

—Me crees, ¿verdad que sí, padre? —y había en Victoria una tristeza inmensa.

—¡Claro que sí, hija! —y fue Alexander Mills quien la abrazó a ella —. ¡Claro que sí!

—Tú no debes creerme, Steve —repuso la muchacha, volviendo ahora su mirada hacia el joven—. Después de lo que mi padre te ha contado de mí... Sabes que estoy enferma, que sufro ataques, y que cada vez que eso sucede me veo arrastrada a una horrible y pavorosa mutación... No, tú no debes creerme...

—Estoy convencido de que dices la verdad —contestó Steve.

—Gracias... gracias... —musitó—. Pero no, no me compadezcas. No tengo más que lo que me merezco. Demasiado mimada por los míos, acabé creyendo que tenía derecho a todo... Por eso, cuando vi que iba a morir desangrada, le exigí a mi padre que salvara mi vida como fuera... ¡Porque se lo exigí! No, él no quería hacerlo... Pero sí, se lo exigí...

Y esa horrible enfermedad que padezco, es la aterradora

penitencia que sufro. Porque esa enfermedad la contraje...

—Al recibir la sangre de mi padre —dijo Steve Donner—. Sí, mi padre estaba muy enfermo, no lo ignoro. —Y había de ampliar—. Pocos días antes de morir, me escribió, explicándomelo. Me dijo que se pinchó con las púas de una exótica planta, adquiriendo un extraño virus, y que desde entonces sufría ataques... El dolor empezaba por las manos, luego le subía por los brazos, llegándole al cuello y metiéndosele en la cabeza. La cabeza, entonces, parecía que fuera a estallarle... Acto seguido surgía una mutación y se convertía en un ser monstruoso, repelente...

—Lo sabías... Lo sabías... —musitó Alexander Mills.

—Pero mi padre no me dijo que durante la terrible mutación sus instintos fueran otros... Por el contrario me aseguró que en todo momento seguía siendo él mismo...

Aunque aumentaba la fuerza de sus músculos, eso sí... En consecuencia —subrayó Steve—yo nunca he creído que tú, Victoria, pudieras haberte visto dominada por estímulos, por impulsos asesinos... Si no llegó a ser un asesino mi padre, e! primero en envenenarse con la extraña planta, no podías en buena lógica serlo tu...

Victoria le miró con infinito agradecimiento. Había de decir:

—No me merezco que digas que no soy una asesina. Aunque no haya matado a esos jóvenes, soy la culpable de que tu padre perdiera la vida...

—El mal ya está hecho, eso ya no tiene remedio —dijo Steve—. Por lo demás, yo no puedo olvidar que mi padre os quería, os quería de verdad... Así que me veo obligado a respetar sus sentimientos y su recuerdo... No, no puedo convertirme en vuestro juez. Por cierto —se acercó a la mesa del escritorio—usted sin duda tiene en alguna parte un historial y completo y detallado de esos ejemplares que se trajo de esas tierras, ¿verdad?

Se había dirigido ahora, única y exclusivamente, a Alexander Mills.

—Sí, claro —respondió el aludido—. Lo tengo todo apuntado en este libro.

Se lo mostró. Era un libro bastante grueso, forrado en cuero de color marrón.

—¿Podría echarle una ojeada? —preguntó Steve.

—Desde luego —asintió—. Pero ¿qué es lo que pretende encontrar en este libro...? —quiso saber—. Si me lo dices, yo quizá pudiera ayudarte.

—Me basta con que me lo deje leer. Creo que encontraré en sus páginas lo que busco.

—¿Qué es lo que buscas? —inquirió Victoria.

—La identidad del asesino... —resumió Steve.

CAPITULO IX

Pocos minutos antes de que fuera medianoche, Steve Donner salió de su habitación, bajó la escalera y se dirigió hacia la puerta de salida. Llevaba el estuche de un violín y no vacío precisamente, pues estaba claro que su contenido pesaba. Sin duda se trataba del mismo paquete con el que llegó luego de salir a dar una vuelta en coche.

Pero Steve no fue hacia el invernadero, sino que encaminó sus pasos hacia el extremo opuesto del parque-jardín, donde el jardinero tenía un pequeño pabellón. Antes, no obstante, dejó el estuche del violín apoyado en las ramas de un arbusto.

No hizo falta, una vez hubo llegado al pequeño pabellón, que llamara a la puerta. Esta se hallaba abierta y en su dintel estaba el jardinero, aquel hombre pequeño y enjuto.

Se sorprendió al verle, esto es indudable. Pero en seguida se esforzó por asimilar su sorpresa.

—Buenas noches, señor —saludó respetuoso.

—Venía en su busca —dijo Steve.

—¿En mi busca?

—Sí —y Steve añadió, bajando la voz—. Ya sé quién es el asesino y necesito que usted me ayude.

—¿Sabe quién es el asesino? —inquirió.

Steve no vio si su rostro cambiaba de color porque, aunque la luz del interior del pabellón se hallaba encendida, su claridad apenas llegaba al exterior. O mejor dicho, sí llegaba, pero no podía con la intensa oscuridad de la noche y con la espesa niebla.

—Si, lo he averiguado —aseguró Steve—y me interesa que, sin más tardanza, la noticia de ello llegue a conocimiento del inspector de policía. Tome usted... —y le alargó un papel—y entrégueselo al inspector. Aquí va escrito el nombre del asesino.

El pequeño y enjuto jardinero alargó la mano y cogió el papel que, doblado en cuatro, Steve Donner le tendía. Los dedos le temblaban.

A ocultar el temblor de sus dedos no pudo contribuir la oscuridad, ni tampoco la niebla. Resultó evidente que el personaje en cuestión se sentía sumamente agitado.

Ya con el papel en su poder, el jardinero permaneció unos instantes indeciso, por lo visto no sabiendo qué hacer, no acertando a saber cómo reaccionar.

Finalmente optó por retroceder un par de pasos y por, ya en el interior del pabellón, desdoblar el papel y leerlo.

Un nombre estaba escrito allí con absoluta claridad, por lo que el caso no admitía lugar a dudas. Su expresión se crispó violentamente.

Pocos instantes después, el jardinero había abierto un cajón y había sacado a relucir una pistola automática.

Steve debía esperarse eso. Resulta fácil deducirlo porque cuando el jardinero salió de nuevo al dintel del pequeño pabellón y le apuntó, se encontró con la desagradable sorpresa de que el joven ya no estaba allí.

Tampoco estaba muy lejos, claro está, pero había retrocedido con rapidez y ya se perdía entre una zona llena de frondoso arbolado.

Era preciso impedir que se escapara, y el jardinero, tras lanzar una grosera interjección, corrió tras él, en su persecución. Sabía que haciéndolo así se delataba, pero la situación había llegado a un punto en el que ya no cabían medias tintas.

La persecución fue, no obstante, breve. De pronto se encontró a Steve Donner cerca de la boca de su pistola. Había surgido de pronto, como ya no importándole hacer frente a aquel riesgo.

—Lo sabia —dijo Steve—usted es su cómplice. Pero necesitaba estar seguro de ello, una simple sospecha no era suficiente.

—No puedo felicitarle por su sagacidad —repuso el jardinero— porque voy a matarle ahora mismo.

—Ya que por lo visto puedo considerarme muerto, —pero Steve se mostraba tan tranquilo y sereno como si estuviera jugando al póquer y tuviera repóquer—dígame, ¿por qué lo ha hecho...?

—¿Ser su cómplice? Pues por dinero —no le importó confesarlo, sin embargo las palabras salieron silbeantes de entre sus dientes—. Todo en la vida se hace por lo mismo. No creo que mi motivo constituya ninguna novedad.

—No, desde luego que no —repuso Steve—. Pero debió pensárselo dos veces antes de aceptar tal complicidad. Han habido muchos muertos y...

—Y usted será el próximo. ¿O acaso no ve que le estoy apuntando y que me basta apretar el gatillo para acabar con usted?

—Da por seguro que puede liquidarme en seguida —subrayó Steve —, pero, ¿y si llevo chaleco antibalas? Debiera admitir tal posibilidad, ¿no cree?

Cogiéndole desprevenido con estas palabras el jardinero se vio, de pronto, sin saber adónde apuntar. Hasta entonces lo había hecho al pecho del joven.

Pero no se trataba de perder las ventajas que pudiera tener a su favor, así que levantó el arma y apuntó a la cabeza de Steve Donner.

Bueno, por lo menos intentó hacerlo. Lo cierto es que, mientras vaciló un poco y se lo pensó otro poco, pasó el tiempo suficiente para que Steve diera un salto, se agarrara a una de las ramas del árbol bajo el cual se hallaban, hiciera trampolín, y antes de que el jardinero pudiera impedirlo se lanzara hacia él, con las piernas por delante.

Con los zapatos le dio contundentemente en el mentón, derribándole sin contemplaciones. De resultas de la caída la pistola se

le desprendió de la mano.

Perfecto. Sus posibilidades se habían acabado. Consciente de ello, Steve Donner sonrió.

En efecto, cuando el jardinero acertó a levantarse, ya tenía a su lado a quien, joven, alto y fuerte, cerraba el puño dispuesto a derribarle de nuevo si así lo exigían las circunstancias. Lo había hecho una vez con las piernas y volvería a hacerlo con los puños.

El jardinero, empero, un hombre pequeño y enjuto que sin la pistola se sintió completamente indefenso, decidió no presentarle cara, y se limitó a llevarse la mano a la mandíbula. La sentía terriblemente dolorida. Quizá la doble patada recibida se la había roto.

—Ya veo que no va a plantearme problemas...

—¿De qué me serviría hacerlo? —se lamentó.

—De nada.

—Oiga —quiso saber—¿lleva de verdad chaleco antibalas?

—No —contestó Steve—, Pero si se lo ha creído, es lo mismo que si lo llevara, ¿no le parece?

* * *

Había dejado al jardinero atado a una silla, en el interior del pequeño pabellón, y debidamente amordazado, por descontado, para que no pudiera gritar y prevenir a su cómplice.

—Le sacaré de aquí dentro de poco —le dijo Steve—. En cuanto llegue la policía.

Dicho esto se alejó de aquella zona del parque-jardín y se dirigió hacia el otro extremo, que era donde se hallaba el invernadero. Sin embargo, antes de entrar allí, se dirigió al arbusto junto a cuyas ramas había dejado apoyado el estuche del violín.

Ya con éste bajo el brazo, entró en el invernadero.

La luz estaba encendida. Y cerca de la jaula del guepardo, y cerca de la jaula del gorila, vio a la anciana señora Jacobs en su sillón de ruedas. Como siempre la felpuda manta la cubría de la cintura hasta los pies.

—Has tardado un poco —fue ella la primera en hablar—. Temía que te hubiera sucedido algo...

—Todo va bien, señora Jacobs, no se preocupe —repuso Steve—. A propósito, observe lo que le traigo... —y señalando el estuche del violín—. Es un obsequio para usted, con el que espero corresponder al aprecio con que me han recibido todos en esta casa. Se trata de un violín que me han asegurado que suena como un cielo. Pero se lo enseñaré luego... —lo dejó junto a una de las paredes acristaladas del invernadero—, Ahora, por favor, dígame todo aquello que sepa...

—Ante todo —observó la anciana, refiriéndose al violín — permíteme que te agradezca el detalle.

—Es lo menos que usted se merece, señora —pero Steve Donner se plantó ante ella, inquiriendo seguidamente con el tono fuerte, firme.

—¿O tal vez no se lo merece...?

La señora Jacobs no se esperaba que el joven se expresara de aquel modo, y por unos segundos su rostro quedó como inanimado.

—¿Qué has querido decir, Steve? —preguntó luego.

—He querido decir, que no estoy seguro de que sea usted el ángel bueno de esta historia. Una historia de terror, que ya es hora que de término.

—De veras, no te entiendo —de modo instintivo, y como autodefendiéndose, la señora Jacobs hizo retroceder un poco a su sillón de ruedas.

—Mire, señora —manifestó Steve—han habido varios muertos, concretamente cuatro, y alguien tiene que ser el asesino.

—¿Y sospechas de mí, una pobre paralítica? —preguntó.

—En principio no resulta válido sospechar de un ser humano, puesto que la fuerza que el asesino demuestra no es realmente humana...

—Entonces, ¿adónde quieres ir a parar?

—Su nieta está enferma —dijo Steve con tono rotundo, contundente—y usted lo sabe. Su nieta sufre unos terribles ataques, y cuando eso sucede su rostro se descompone, se transforma, y queda convertida en un ser horrible, monstruoso... Esos ataques, por lo demás, le confieren una fuerza desusada... —recalcó esta última palabra. Y puntualizó—. A esto quiero ir a parar.

No hizo falta que Steve Donner dijera nada más para que la señora Jacobs cayera en la trampa. De eso se trataba. No de otra cosa, verdaderamente, pues el joven sabía que Victo- ría no era culpable de los crímenes acaecidos en aquella mansión.

Pero, lo dicho, no hizo falta nada más para que la señora Jacobs saliera vehementemente, arrebatadamente, en defensa de su nieta. Una nieta única por la que sentía, y quedó bien claro, una obsesionada adoración.

—¡Victoria no tiene nada que ver con esas muertes! —exclamó, estridente e hiriente el tono de su voz—. Es cierto —convino—que está muy enferma y que sufre atroces ataques, y que éstos la convierten en un ser horrible, monstruoso... ¡Pero ella es inocente! ¡Si han habido muertes, éstas han sido provocadas por otra persona! ¡Por mí! ¡Por mí! —gritó—. ¡Cualquier cosa por conseguir la felicidad de Victoria! ¡Lo volvería a hacer!

—Sabía que era usted la culpable —dijo Steve—y estaba dispuesto a no cejar hasta desenmascararla... A usted y a su cómplice, el jardinero...

—¿También sabes eso? —la anciana crispó las manos sobre la

felpuda manta.

—Usted se ha visto forzada a tener un cómplice, y llegué a la conclusión de que éste debía ser el jardinero. A Suzanne alguien le dio un golpe en la cabeza, haciendo que perdiera el conocimiento... Alguien le cogió la cámara fotográfica... Sí, alguien evidentemente tuvo que hacerlo... Sí, sin duda el jardinero... Pero, bueno, aún no sé exactamente cómo se las ha arreglado usted para acabar con esos cuatro jóvenes... Ni por qué lo ha hecho... Ni lo que en realidad ha pretendido...

—Vamos, que sabías que la mala era yo, simplemente eso... Has mencionado a mi nieta, a mi nieta adorada, para que mordiera el anzuelo, ahora me doy cuenta... Pero ignorabas e ignoras muchas cosas, muchas... Y ahora pretendes que yo te satisfaga la curiosidad, ¿no es eso?

—Si es usted tan amable, señora Jacobs.

—Lo haré, pero no me dilataré demasiado —los ojos de la anciana brillaron desmesuradamente—. Aún lamentándolo, voy a verme obligada a prescindir de ti. Como de los otros, ¿te haces cargo?

—No, francamente no —dijo Steve—, ¿Cómo va a poder prescindir de mí, que soy joven y fuerte, usted que es vieja y está paralítica? Pero, claro —agregó—tampoco comprendo lo que me ha indicado antes. Me ha dicho que las muertes las había provocado usted... ¿Cómo puede uno explicarse eso?

—Parece no tener sentido, ¿verdad?

—En efecto —repuso Steve.

Pero él ya sabía más o menos todo lo que había pasado, y cómo y por qué había sucedido. No obstante, deseaba que la señora Jacobs corroborase todas sus suposiciones. Una tras otra, hasta que el maquiavélico rompecabezas quedara total y completamente ajustado.

—Apenas reparé en mi nieta, a su regreso de aquel maldito viaje —empezó a referir la señora Jacobs—comprendí que estaba enferma. Le pregunté a su padre, pero él me lo negó, asegurándome que estaba bien, perfectamente. Insistí, pero volvió a decirme que

se encontraba como siempre y que no debía preocuparme. Como sea que Victoria reafirmase sus palabras, decidí escuchar las conversaciones que sostenían a solas. Entonces me enteré de la verdad. Mi nieta había contraído una terrible enfermedad...

—No hace falta que me diga como la contrajo —intercaló Steve Donner—. Eso ya lo sé.

—No puedo lamentar que tu padre muriera —repuso la anciana, gélido ahora el tono de su voz—puesto que su muerte significó la vida de mi nieta. Bien muerto esté.

—Su sinceridad resulta brutal.

—Ellos, mi nieta y su padre, han hecho todo lo posible por

ocultarme la verdad y creen haberlo conseguido —siguió diciendo la señora Jacobs—. No han querido hacerme sufrir en vano. Pero yo, que he fingido ignorarlo todo, he actuado sin miramientos... Como debía ser... ¡Mientras yo viva nadie hará daño a mi nieta! —gritó de nuevo.

—¿Alguien, alguna vez, ha pretendido hacérselo? —preguntó Steve.

—Sí —afirmó la señora Jacobs. Habla de ampliar—. El primero de nuestros invitados vino aquí dispuesto a declarar su amor a Victoria y a formalizar el compromiso de boda... Esto es lo que mi yerno deseaba que sucediera, que Victoria se casara y encontrara la felicidad... Aunque le durara poco... Pero ese joven sorprendió a Victoria en uno de sus ataques, viendo como se convertía en un ser sobrecogedor, repelente, y entonces sólo se le ocurrió acudir a mí y hacerme chantaje... O yo le daba diez mil libras o delataría el caso...

—¿Qué hizo usted? —inquirió Steve Donner.

—Le pedí veinticuatro horas para darle una respuesta. Escudándome en el hecho de que diez mil libras era mucho dinero... Y le cité aquí, exactamente aquí...

—¿Por qué aquí? —preguntó de nuevo Steve.

—Con anterioridad yo había hecho un asombroso e insólito descubrimiento —dijo la anciana —. Algo que aún no había referido a nadie. Así que pensé que tenía a mi favor ciertas posibilidades...

—¿Posibilidades?

—Sí, de sobrevivir. Te lo explicaré mejor, para que lo comprendas todo... Todo —repitió—incluso que de ésta, Steve, no vas a salir con vida.

—La escucho, señora Jacobs.

—Me gusta tocar el violín, ya lo sabes —prosiguió diciendo—y suelo hacerlo en cualquier parte. A menudo lo llevo en el sillón de ruedas, así puedo recurrir a él en cualquier momento. Templar sus cuerdas y luego dejar oír una dulce melodía es uno de mis mayores placeres. Pues bien, en cierta ocasión empecé a tocar aquí... ¿Y sabes lo que sucedió? Lo que yo menos podía esperarme. Algo verdaderamente increíble.

—¿Qué es ello?

—El gorila cambió por entero de actitud.

—¿Sí...?

—Es terriblemente fiero, y a menudo deja oír sus repentinos gritos de cólera; a menudo sus largos brazos pasan a través de los barrotes de la jaula y amenazan con destrozar a quien se le ponga a su alcance; a menudo se bate el pecho con gesto dominante y avasallador. Pues a lo que iba, apenas oyó el sonido del violín se mostró dócil, sumiso, y acabó acurrucándose tímidamente en un

extremo de la jaula.

—¿De veras? —pero Steve no pudo mostrarse sorprendido.

Lo que acababa de oír ya lo sabía.

—A partir de aquel día —dijo la anciana paralítica—cada vez que le tocaba algo, sucedía lo mismo, exactamente lo mismo. La docilidad, la sumisión y la timidez del gorila se hacían patentes... Increíble, insólito, ciertamente... Un ejemplar de más de dos metros de altura, de más de trescientos kilos de peso... Pero sí, la música de mi violín surtía ese efecto... Aunque la oyera de lejos... Aunque le llegara desde la mansión...

—Sorprendente.

—Algún hecho especial y concreto debía motivar tal circunstancia —repuso acto seguido la señora Jacobs—. No podía tratarse de una mera coincidencia. Así que aproveché la primera ocasión que tuve para ir al despacho y para buscar el libro en el que mi yerno recopila el historial completo y detallado de los ejemplares que tiene aquí.

—¿Y qué encontró en ese libro? —preguntó Steve.

La respuesta se la sabía de antemano. El también había estado leyendo detenidamente en aquel libro.

—Este gorila... —alzó los ojos y le miró, allí, muy cerca de su sillón de ruedas—fue capturado de pequeño, a los pocos días de haber nacido. Las certeras balas del rifle que abatieron a dos gorilas adultos, macho y hembra, respetaron la vida a su cría... Y ésta pasó a manos de una misionera. Se trata de una mujer que dedicaba su vida a los indígenas y que, como única distracción, tocaba un viejo violín. Una buena mujer que, no mucho después, murió atravesada por una flecha. Nunca se supo quién la mató, ni por qué. Sólo se sabe que el pequeño gorila consiguió escapar y que huyó a la selva. Había de ser reconocido, cuando mi yerno le capturó, por una cicatriz que tiene en mitad de la frente en forma de estrella.

En esta ocasión Steve Donner no dijo nada y fue la señora Jacobs quien, instantes después, prosiguió:

—Cuando el joven que me hacía chantaje acudió a la cita, decidí jugármelo todo por el todo... Así que me las arreglé para poder, en un momento dado, de pronto, abrir la puerta de la jaula del gorila.

Steve siguió mirando a la anciana. Sin pestañear siquiera.

Lo lógico hubiera sido que los ojos se le fueran hacia la jaula, queriendo ver en que condiciones, en la presente ocasión, se hallaba la susodicha jaula.

Pero lo cierto es que sus ojos no se desviaron ni un solo centímetro.

—Cabía —continuó dejándose oír la voz de la señora Jacobs—que el gorila me matara también a mí, pero todo, incluso eso, lo prefería a que alguien hiciera daño a mi nieta. Así que, apenas tuve al joven a mi

lado, ¡zas!, la puerta de la jaula quedó abierta... El gorila se precipitó fuera de su encierro y se abalanzó fieramente sobre la primera persona que encontró a su alcance... Este fue el joven, puesto que yo, precavidamente, apenas abrí la puerta de la jaula, impul- «é hacia atrás mi sillón de ruedas.

—Prudente medida —ironizó Steve en esta ocasión.

—La furia del gorila resultó atroz, espeluznante, pavorosa... Y se lo digo yo, que quería que matase a aquel joven... Pero hizo más que matarle, le retorció la cabeza y... Bueno, es innecesario que me alargue en detalles de esa índole, usted ya sabe de sobras en qué condiciones fue encontrado el cadáver... Me limitaré a referirle, pues, lo que sucedió después... El gorila se volvió hacia mí, dispuesto a hacer conmigo, a juzgar por su agresividad y por la fiereza de sus gestos, lo mismo que mis ojos habían contemplado. Pero supe ser dueña de la serenidad precisa y cogí el violín, y empecé a interpretar una melodía... Ahora no recuerdo cuál, para el caso viene a ser lo mismo... Y el fiero gorila se convirtió, sin más, en un animal dócil, sumiso, incluso tímido. Fue retrocediendo poco a poco y terminó metiéndose él mismo en la jaula. Yo, entonces, volví a encerrarle. Di las vueltas precisas a la llave de la cerradura, sin olvidarme, por descontado, de colocar de nuevo la cadena y el candado. Todo quedó como estaba antes. Sólo que...

—Se veían ciertas manchas de sangre, que comprometían —repuso Steve, demostrando que estaba en todo.

—Exactamente —dijo la anciana paralítica—. Porque si tenía que hacer creer que el gorila no tenía nada que ver con lo sucedido, sobraban, por ejemplo, las manchas de sangre que habían quedado en el suelo de la jaula, ¿no?

—Claro.

—Acudí al jardinero, diciéndole que le haría rico si me ayudaba, y la verdad es que no vaciló ni un instante. Se puso incondicionalmente a mis órdenes.

—¿Y qué sucedió con el otro joven, el otro pretendiente? —preguntó Steve, decidido a que todo se aclarase.

—Lo mismo —repuso la señora Jacobs—. También me pidió dinero por callar y tuve que acabar con él. Me obligó a ello.

—¿Y también le obligaron a tan drástica medida los jóvenes ciegos? ¿También le pidieron dinero por callar? Me parece a mí que no.

—No —respondió la paralítica—. El caso de ellos fue distinto. Pero, bueno, se trató de que también ellos descubrieron lo que le sucedía a Victoria... Pensé, y decidí, que lo mejor era hacer que llevaran la misma suerte. Así les cerraba bien la boca.

—Comprendo.

—Y en fin, Steve, que ya te lo he contado todo —resumió la anciana.

—Bien mirado —resumió Steve Donner a su vez—no me ha dicho nada que no supiera. Lo que en cierto modo me congratula, eso demuestra que tengo la mente despierta. Aunque debo reconocer que recelar de usted fue relativamente sencillo. La noche que la sorprendí llorando, o mejor dicho, fingiendo que lloraba, reparé en que bajo la manta que la cubría las piernas llevaba el violín... Esto solo no me hubiera llevado a ninguna conclusión, pero recordé que la había oído tocar en la salita, con el ventanal entreabierto, la noche en que murió el otro joven. La coincidencia me chocó y me hizo empezar a darle vueltas al asunto. ¿Por qué tendría el ventanal entreabierto, si era una hora avanzada y si además hacía frío...?

—Me sorprendiste al dirigirte hacia el invernadero —comentó la señora Jacobs—. Yo acababa de salir de allí... Al verte llegar sólo se me ocurrió llorar y hacer el ver que sufría intensamente por algo... De este modo, te retendría y daría tiempo al jardinero para que lo dejara todo de forma que no inspirara sospechas... Además, si fingía sufrir, tú te interesarías por mí y querrías saber lo que me pasaba, y yo, entonces, te citaría aquí. Y si tú venías ya todo lo tendría sencillo. Acabaría contigo del mismo modo que... Pero, francamente —reconoció la anciana—creí engañarte con mis lágrimas. Las viste surcar mi rostro, una tras otra, ¿no es cierto? Y no se llora simplemente cuando uno se lo propone.

—Conozco a una actriz que cuando sale al escenario llora con una facilidad pasmosa, incluso si hace dos funciones diarias. Con esto respondo a su pregunta, señora Jacobs.

—Bueno, ya hemos dialogado bastante, ¿no te parece, Steve? —de nuevo su voz se hizo incisiva e hiriente, y de nuevo sus ojos brillaron desmesuradamente—. Ahora debo terminar contigo.

La anciana estaba ya muy cerca de la jaula del gorila. No fue casi necesario, por tanto, que moviera su sillón de ruedas.

En brevísimos instantes metió una llave en la cerradura de la puerta de la jaula y...

La puerta quedó abierta, porque la cadena y el cerrojo correspondientes ya los había quitado antes. Así se había asegurado una prontitud y una rapidez imprescindible para que todo saliera a la medida de sus deseos.

El gorila, viéndose libre, lanzó un grito amenazador, se batió el pecho y salió de la jaula dispuesto a destrozar a quien fuera. Al primero que encontrara a su paso.

Steve Donner estaba allí mismo.

* * *

La muchacha había oído como Steve salía de su dormitorio, bajaba la escalera y se dirigía hacia la puerta de salida.

Comprendió que estaba dispuesto a enfrentarse, él solo, sin ayudas, con el asesino. Un asesino que, por lo visto, no se hallaba muy lejos.

Suzanne decidió colaborar. No estaba muy segura de poder hacerlo a su gusto. Seguía sin reconocerse a sí misma. Se había vuelto medrosa, casi cobarde. Todo aquello le causaba un horror infinito, anulaba sus facultades.

Pero no iba a permitir que Steve afrontara solo todos los riesgos. Como fuera le ayudaría. En mayor o menor medida, pero lo haría.

Salió al corredor decidida a seguirle.

Pero pensó en que lo más sensato sería, sin duda, hablar con Alexander Mills y exponerle los hechos. Si Steve había salido a dar caza al asesino y si el asesino estaba, o vivía bajo aquel techo, al dueño de la casa le incumbía más que a nadie lo que pudiera pasar.

Sin embargo, fue Victoria quien, a su vez abriendo la puerta de su dormitorio y apareciendo en el corredor, se le acercó:

—Steve ha salido...

—Sí —dijo Suzanne.

—Debe buscar al asesino... —susurró.

—Sí.

—Voy a despertar a mi padre, si es que duerme —dijo Victoria seguidamente—. Hemos de intervenir. No hacerlo sería imperdonable.

—Eso creo yo —asintió Suzanne.

Ya reunidos, y ya en el parque-jardín, se dieron cuenta de que había luz en el invernadero.

—Vayamos —dijo Alexander Mills—. No podemos permitir que le pase nada a ese muchacho.

—Sí, vayamos —le animó Victoria.

Poco después, los tres llegaban allí, junto a las paredes acristaladas del invernadero, e incluso abrieron una de sus puertas, adentrándose en el recinto.

Pero ni la señora Jacobs ni Steve se dieron cuenta de la presencia de ellos. Uno y otro se estaban jugando demasiado para estar pendientes de algo que no fuera ellos mismos. La carga emocional y electrizante de aquellos instantes no daba, en realidad, cabida a nada más. Por otra parte los tres se hallaban en aquellos momentos medio ocultos entre las plantas que abundaban por allí.

Horrorizados, Alexander Mills, Victoria y Suzanne oyeron lo que decía la anciana paralítica.

Quedaba claro. Demencialmente claro. Ella era la culpable de esas horribles muertes.

CAPITULO X

Cuando el gorila, viéndose libre lanzó un grito amenazador, se batió el pecho y salió de la jaula, Alexander Mills no vaciló. Ciertamente, su reacción fue a todas luces instintiva. Se adelantó rápidamente, yendo hacia la fiera.

—¡Apártate! ¡Apártate! —exclamó la señora Jacobs a su yerno—. ¡Es a él a quien debe matar, no a ti!

Alexander Mills no retrocedió y el gorila cayó fieramente sobre él.

Victoria se había acercado a su abuela.

—¿Cómo has podido ser tan mala, tan perversa? —le reprochó —. No puedo perdonarte, ni aun sabiendo que lo has hecho por mí... ¡Oh, abuela, te odio, te odio! —zarandeó el sillón de ruedas y lo hizo frenéticamente al ver que su padre iba a morir entre los brazos demoledores del enorme gorila.

El sillón de ruedas fue a parar un par de metros más allá. Quedó muy cerca, casi pegado, a la jaula del guepardo. Y a éste, entre rugidos, le faltó tiempo para lanzar sus garras entre las rejas, queriendo hacer una presa.

No alcanzó a la señora Jacobs, si bien le faltó poco. Pero sí alcanzó la felpuda manta que la cubría y algo más que había bajo ella, el violín. Sus cuerdas quedaron destrozadas.

La paralítica lanzó un grito de horror. Sabía que, ya sin poder tocar el violín, el gorila era una fiera terrible, aterradora, a la que ella ya no podría controlar.

Su grito sonó al mismo tiempo del que profería Alexander Mills, al ser ya, entre los brazos demoledores del gorila, un hombre prácticamente muerto.

Victoria por su parte se abalanzó hacia la fiera, pretendiendo ayudar a su padre. Steve Donner quiso impedírselo, pero no llegó a tiempo. En realidad todo aquello estaba sucediendo en brevísimos instantes.

—¡No! ¡No! —exclamó horrorizada la señora Jacobs al ver que su nieta se iba directo hacia la muerte.

En efecto, caer en poder del gorila no podía significar otra cosa.

Y pronto quedó constatado así.

Padre e hija no tardaron en ser, ambos, dos cadáveres tumbados el uno junto al, otro. El gorila, con la fuerza fantástica y destructiva de sus trescientos kilos, los había materialmente destrozado. Aunque en esta ocasión no separó a sus víctimas la cabeza del cuerpo.

—¡Oh, no, no...! —sollozó la anciana señora Jacobs.

Y seguía sollozando cuando ya el gorila se dirigió rectamente hacia su sillón de ruedas. Pero seguía sollozando por su nieta, no por ella.

Se quedó donde estaba, mientras el pájaro negro, con la punta de

las alas blancas, y las patas y el curvado pico de color rojo, rojo violento, lanzaba un graznido que parecía de mal augurio. ¿Cómo no iba a parecerlo en aquellas circunstancias?

Hasta aquel momento, Suzanne había permanecido con los ojos muy abiertos, tan asustada, tan aterrorizada, que ni fuerzas le quedaban casi para tenerse en pie. Todo aquello que estaba contemplando era una pavorosa y alucinante escena.

Nunca podría olvidar lo que sus ojos estaba viendo.

Si es que salía con vida de allí...

Pero no, no veía claro que pudiera salir.

El gorila, que acababa de hundir el pecho de la anciana paralitica de dos furibundos y fieros golpes, rompiéndole todas las costillas y aplastándole el corazón, se dirigía ahora hacia ella.

Suzanne no acertó a retroceder. Ni siquiera un par de pasos. Se quedó inmóvil, como paralizada, clavados los pies en el suelo.

Estaba muerta de miedo.

De espanto.

De terror.

Claro que no iba a salir con vida de allí. Caería en poder de la muerte. No podía ciertamente esperar otra cosa.

Pero Steve Donner estaba allí. Y debidamente protegido, como bien iba a demostrarlo. Afortunadamente.

Se acercó a la pared acristalada del invernadero y se agachó, cogiendo el estuche del violín.

Lo abrió.

Allí no había ningún violín. Por fortuna, pues no solo la situación no estaba para música, sino que, por lo demás, él no sabía tocar el violín.

Allí dentro había una metralleta.

Y ésta sí iba a saber tocarla...

Se antepuso decididamente entre Suzanne y el gorila y apretó el gatillo.

Sonó una ráfaga de disparos. Después otra, ésta aún más larga.

El gorila cayó abatido ante la fulminante lluvia de plomo.

Una nueva ráfaga, por si acaso, terminó de zanjar la cuestión.

Pero en el suelo, como macabro y tétrico final de aquella historia, quedaban tres cadáveres. Sí, tres, porque el gorila había

derribado el sillón de ruedas y la anciana señora Jacobs había acabado también en el suelo.

La muchacha, exhausta, con las rodillas apenas sosteniéndola, se cobijó entre los brazos de Steve.

—¡Oh, si no llega a ser por ti! —exclamó.

—Ya tienes tu reportaje... —repuso él—. Te ofrecí las primicias, ¿no es eso? Tuyas son.

Al poco salían del invernadero. Tenían que telefonear al inspector

de policía.

Steve Donner dijo:

—Suzanne...

Volvió hacia él sus bonitos ojos oscuros.

—Dime.

—Creo que no todo ha sido malo...

—¿No? —inquirió ella.

—Te he conocido a ti.

F I N





Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.